

Newton Compton Editores

Título original: *Roma Caput Mundi. L'ultima battaglia*

© 2016, Newton Compton editori s.r.l.

© 2024, de la traducción por Consuelo Gallego Perales

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-07-2

Código IBIC: FA

DL B 21.213-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergi Godia

Impreso en mayo de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Andrea Frediani

La última batalla

Roma Caput Mundi

Traducción de Consuelo Gallego



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

PRÓLOGO

Constantinopla, junio del año 337 d. C.

Martino Martiniano sacó su espada del abdomen del esclavo que tenía delante de su objetivo, miró la sangre y los restos de intestino que cubrían la hoja y solo entonces se dio cuenta de que era la primera vez.

La primera vez que mataba a un ser humano.

Su objetivo, el prefecto pretoriano Ablabio, miraba aterrorizado al hombre que, con su gesto desesperado, había prolongado solo unos instantes su miserable vida. Martino oyó las risas de los compañeros que le rodeaban. ¿Se reían de sus dudas, o quizá del miedo que mostraba el alto dignatario al que habían venido a matar?

Un soldado avanzó hacia el prefecto apuntándole con la espada, pero otro camarada se interpuso diciéndole:

–Espera. Dejemos que lo haga el muchacho.

Luego hizo un gesto a Martino para que procediera.

El joven sintió que había perdido la audacia que, casi sin vacilar, le había impulsado a asestar el golpe mortal al esclavo. Se encontró con los ojos del prefecto y vio allí a Cristo. Porque Cristo estaba en todos los hombres, y especialmente en los que creían en él. Y el prefecto creía, en caso contrario el gran Constantino no lo habría colocado en la cúspide de la burocracia imperial. Tuvo que recordarse a sí mismo por qué estaba allí y qué había hecho aquel hombre. Tenía que recuperar el ánimo de venganza que lo había llevado al palacio pretoriano junto con los soldados de su unidad. Desde que habían recibido la terrible noticia, los militares se habían visto invadidos por el deseo de tomarse la justicia por su mano.

Apeló a todos los sentimientos oscuros que, como buen cristiano, había mantenido bajo control a lo largo de su corta vida, gracias

sobre todo a las preciosas enseñanzas de su madre, y esperó a que armasen de nuevo su mano. Finalmente agarró la empuñadura de su espada, levantó el brazo y avanzó unos pasos hacia su víctima, que retrocedió hasta quedar arrinconado junto a la pared.

Martino sacó fuerzas de la cobardía de Ablabio, capaz de cometer una fechoría atroz, pero incapaz de afrontar con dignidad el castigo por sus pecados, y asestó el golpe con decisión. La punta de su espada alcanzó el cuello del prefecto, que se abrió en un tajo horizontal de lado a lado, como la boca de un animal rabioso abierta de par en par. Martino notó cómo le salpicaba un chorro caliente de olor acre, y en un instante se encontró la cara y el pecho empapados de sangre, entre las risas burlonas de sus compañeros. Vio cómo su víctima se desplomaba en el suelo como un muñeco de trapo y se encogía sobre sí misma en una posición grotesca, y se le hizo un nudo en el estómago de horror y de asco. Se sintió infame, e inmediatamente deseó ir a rezar al Señor para expiar su culpa: lo había hecho precisamente para defender a Cristo y a su Iglesia, y no había nada de malo en que un soldado, entrenado para luchar y matar, utilizara sus habilidades por una causa buena y justa; sin embargo, no pudo controlar la consternación que se apoderó de él por haber acabado con una vida, y no la de un bárbaro, sino la de un hombre que, hasta la víspera, se encontraba entre los intocables del Imperio.

Sus camaradas se agruparon en torno a él y, mientras le felicitaban dándole palmaditas en la espalda, no se privaron de escupir sobre los restos del prefecto, acusándole de traidor y asesino. Algunos incluso le propinaron alguna patada. Un soldado se bajó los pantalones y le orinó encima.

—Ahora dividámonos —declaró el veterano a la cabeza de la unidad—. Tú ve a casa de Flavio Dalmacio. Y asegúrate de que nadie quede vivo. Especialmente el «rey de reyes» —añadió en tono burlón—. Nosotros —y señaló también a Martino— iremos a casa de Julio Constancio, donde haremos nuestra parte.

—¿Y los otros? ¿Todos los demás? ¿El patricio Flavio Optato? ¿Y los senadores que han traicionado? —preguntó un soldado de los más exaltados.

—Estamos en ello, no te preocupes —respondió el oficial—. En este momento, hay mucha gente llorando a sus muertos en Constanti-

nopla. Pero nos corresponde a nosotros, como unidad superior de la guardia palatina, hacer justicia con los verdaderos responsables.

Un coro de aclamaciones acompañó sus palabras. Martino respondió con un rugido de aprobación y, enardecido, siguió decidido a sus camaradas, que salieron del palacio pretoriano para correr con determinación hacia la Propóntide. A cada paso acrecentaba su sensación de ser la espada de Dios; así, pensaba, debió de sentirse el emperador Constantino cuando en el puente Milvio un cuarto de siglo atrás, antes de nacer él, había derrotado a su rival Majencio y salvado a Roma de la idolatría. Se había convertido en paladín de la causa cristiana, hasta ese momento perseguida.

Estaba muy agitado. Ahora se estremecía con el deseo de rematar lo que había empezado. Gracias a los buenos oficios de su madre, amiga íntima del emperador recientemente fallecido, solo había hecho un breve aprendizaje en las legiones tras el periodo de formación y luego se había unido a la guardia palatina. Tenía el privilegio no solo de servir directamente al soberano y de estar en contacto casi a diario con él, sino también de ser uno de los pocos ciudadanos del Imperio en formar parte de esas prestigiosas unidades, que el emperador había querido que estuvieran compuestas en su mayoría por bárbaros. Era bien sabido que Constantino había confiado sobre todo en las virtudes guerreras de los pueblos extranjeros, a los que tantas veces había derrotado en sus innumerables campañas; y ser considerado su igual era motivo de orgullo para el joven. Tuvo la oportunidad de entrenarse junto a los guerreros más valerosos del Imperio y de convertirse a su vez en un soldado aclamado por todos, al igual que su padre, execrado en la memoria de casi todos los civiles, pero aún apreciado, sin demasiada ostentación, entre las filas de la tropa.

A menudo pertenecer a la unidad de un veterano de las guerras en las que había participado Sexto Martiniano bastaba para que el rumor de sus hazañas se extendiera como la pólvora, renovando el mito del hombre invencible y jamás domeñado que se había opuesto a Constantino con increíble tenacidad en cada contienda. Martino lo odiaba, pero al mismo tiempo deseaba ganar sus propios laureles, aunque por una causa más noble. Esperaba forjarse y sobresalir en la campaña contra Persia, que el emperador estaba preparando antes de su repentina muerte; habría sido un prestigioso comienzo

para la carrera de un soldado en ciernes. En cambio, ahora se veía obligado a poner a prueba su coraje por primera vez, no contra otros soldados, sino contra civiles indefensos, en la mayor matanza de la historia de Roma. Y su alma se debatía entre la desazón por lo que estaba haciendo y la euforia por encontrarse en el centro de unos acontecimientos que cambiarían la historia del mundo.

Alguien señaló la residencia del hermanastro del emperador. Era un prestigioso edificio de varias plantas con vistas a la Propóntide. Constantino había sido muy generoso permitiéndole vivir a su lado, y él se lo había pagado de aquella manera tan atroz... Merecía la muerte, se dijo una vez más, aunque el juicio correspondía únicamente a Dios. Pero ¿acaso no eran ellos, los soldados, instrumentos del Señor? ¿No habían sido ellos quienes habían favorecido el ascenso y la consolidación del poder de Constantino, ayudándole a derrotar a sus adversarios, desde Majencio hasta Licinio, que habían perseguido a Cristo y a sus seguidores? ¿No era Dios quien movía sus pasos y los protegía, permitiéndoles ganar todas las guerras? Sí, de ellos dependía hacer justicia.

—Tened cuidado. Dentro de la casa también encontraremos a los hijos de Julio Constantino. No os dejéis conmovir por su corta edad. ¡Ellos también deben morir! —gritó el veterano, echando abajo la puerta de entrada con una violenta patada.

Martino aminoró el paso, desconcertado. Era justo que el hermanastro de Constantino muriera. Pero ¿los hijos? ¿Cómo podían ser también culpables cuando Galo solo tenía once años y el más joven, Juliano, apenas seis? Con su muerte, la sangre del gran Constantino se extinguiría, y eso le hizo sentirse profundamente incómodo.

Además, si para aquellos bárbaros idólatras de sus compañeros matar niños no era un problema, para él, cristiano sincero y devoto, sí lo era.

Su madre, sin duda, lo reprobaría, se dijo a sí mismo. Entró en la casa con la mente turbada y el alma afligida, preguntándose qué debía hacer.

—Valente, llévate a los niños inmediatamente. Sal por la puerta de atrás —ordenó Julio Constantino al sacerdote que custodiaba a sus hijos cuando empezó a oír violentos golpes contra la puerta de la casa y una gran agitación en el exterior.

Juliano miró a su padre. Le había visto preocupado desde la muerte de su tío, el emperador, pero ahora estaba verdaderamente aterrizado. Miró a su hermano mayor, Galo, tumbado en el triclinio, y se dio cuenta de que era incapaz de moverse: no iría a ninguna parte, así que él tampoco tenía intención de salir.

El sacerdote trató de levantar al niño enfermo con suavidad, pero Galo estaba como aletargado y no se dejó llevar. Valente miró desconsolado a Julio Constantino, negó con la cabeza y puso un gesto de dolor. El príncipe cerró los ojos y suspiró.

–Ahora ve con Juliano. Pero date prisa –le ordenó.

Pero el niño se quedó en el sitio.

–Yo no me voy a ninguna parte. No sin Galo –declaró solemnemente, mientras los golpes en la puerta se hacían más fuertes.

Luego se oyó un estruendo. La puerta había cedido, y en el suelo del patio resonaba el inconfundible repiqueteo del calzado tachonado.

Soldados. Los soldados estaban irrumpiendo en su casa.

–¿Qué sucede, padre? ¿Tú... lo sabías? –se aventuró Juliano, mientras el sacerdote intentaba tirar de él.

–Tendría que haberos sacado de aquí antes... Sabía que no os dejarían en paz –murmuró Constancio, llevándose las manos a la cabeza-. Jamás podré perdonármelo...

–Ven conmigo, Juliano. ¿No irás a contradecir a tu padre? –insistió Valente.

Pero el niño no se movía. Necesitaba entenderlo. Incluso a costa de su vida. Pensaban que no era capaz de comprender nada solo porque tenía seis años. Sin embargo, lo sabía de sobra; ya hacía tiempo que era consciente de que algo preocupaba a su padre desde la muerte del emperador. A partir de ese momento, se había instaurado en la ciudad una atmósfera de tensión y de espera: el mundo romano se había quedado sin líder, tras más de treinta años de gobierno de Constantino, y parecía que nadie sabía lo que podría ocurrir al día siguiente. La consternación por su marcha había sido sustituida por una sensación de desorientación en la gente, y daba la impresión de que en cualquier momento podría despertarse la bestia.

Y la bestia se materializó de repente en el umbral del triclinio donde se encontraba la familia, bajo la apariencia de un grupo de soldados de la guardia palatina. Sus expresiones, Juliano se percató enseguida

de ello, no eran las habituales de los guardaespaldas imperiales, en quienes se podía encontrar alivio y seguridad; eran, más bien, las de asaltantes sedientos de botín y sangre. El niño pensó que así debían de ser los bárbaros que presionaban a lo largo de las fronteras del Imperio.

—¡Aquí está, es él, es Julio Constancio, le reconozco! —gritó uno de los soldados señalando al padre—. ¡Acabemos con ese gusano como se merece!

Otro soldado avanzó hacia el hermanastro del emperador desvainando la espada. Juliano, aterrado, se fijó en que la hoja estaba ya manchada de sangre. El sacerdote que estaba con él lo abrazó y le cubrió el rostro con las manos, pero el niño logró soltarse, buscando no perderse ningún detalle de la escena. Constancio retrocedió unos pasos, pero se encontró con la pared a sus espaldas y se quedó bloqueado.

Se agachó al ver que el soldado blandía su arma e instintivamente estiró los brazos hacia delante. Juliano lanzó un grito de desesperación y atrajo la atención de su padre. Julio Constancio le miró, y el muchacho vio que su expresión cambiaba de un instante a otro: un momento antes había sido de terror, ahora de orgullo. El príncipe enderezó los hombros, adoptó un porte digno, devolvió por un segundo la mirada a su hijo, entornó los ojos y luego volvió a abrirlos para clavarlos en el rostro de su verdugo.

El brazo del soldado apenas vaciló antes de clavar su espada en el cráneo de Julio Constancio. Juliano vio la cabeza del hombre que lo había criado partida en dos como una sandía, desde la coronilla hasta la nariz. La masa del cerebro se esparció por el suelo y desapareció bajo el cuerpo, que se desplomó a los pies de su asesino. El niño consiguió zafarse de Valente y corrió hacia lo que quedaba de su padre. De repente, se le nubló la vista y, aun a riesgo de tropezar, avanzó unos pasos hasta darse cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Se arrodilló junto a su progenitor, luego vio la espada del sicario bailando a un palmo de su barbilla.

—Vamos, deshazte también de ese mocoso. Hay que borrarlos a todos de la faz de la Tierra —gritó otro soldado.

Juliano levantó la mirada hacia el verdugo, que le observaba haciendo una mueca.

–No puedo hacerlo todo yo. ¡Que se encargue otro! –respondió, aparentemente avergonzado.

Se hizo un instante de silencio.

–Vamos a cargarnos a este mientras tanto –sentenció otro señalando a Galo, que aún yacía abotargado en el pequeño sofá.

La enfermedad que le consumía desde hacía tiempo había obligado al médico, que acababa de marcharse, a administrarle infusiones de hierbas calmantes para que no sintiera dolor.

–Está muy enfermo. No le hagáis daño, si os queda un mínimo de caridad cristiana –intervino Valente–. A pesar de nuestras plegarias no ha mejorado.

–Sí, se le ve bastante mal –comentó un hombre que parecía un oficial–. Podemos ahorrarnos la molestia. Dudo que dure mucho más.

–Está bien. ¿Y este? ¿Qué hacemos con él? –preguntó otro, refiriéndose a Juliano.

–Los niños no son cosa de soldados de verdad. Pertenecen a los reclutas. Martiniano, ocúpate tú. De todas formas, ya has roto el hielo... –declaró el oficial.

Todos parecían aliviados de no tener que cometer un crimen aún más vergonzoso que el de matar a un príncipe de sangre imperial. Las miradas se concentraron en el joven cuyo nombre acababan de mencionar: un soldado cuyo largo cabello no podía ocultar la oreja que le faltaba. Pero lo que más impresionó a Juliano fue precisamente el nombre. Lo conocía bien.

Martino Martiniano miró a su alrededor, desconcertado. Luego fijó la mirada en el niño con expresión abatida. Juliano notó que él tampoco quería hacerlo.

–Te toca, muchacho –comentó un compañero para animarle.

–Venga, muévete –añadió otro.

Martiniano suspiró.

–Entonces lo haré a mi manera. No levantaré mi espada sobre un niño. Dejádme solo –dijo.

Tras unos instantes de silencio, alguien se pronunció:

–Vamos, dejémosle que lo haga.

Sus palabras parecieron una señal de retirada. Los soldados, aliviados por no tener que presenciar la muerte de un vástago de sangre real, se apresuraron a salir. Poco después, solo quedaban en la sala

Juliano, Valente, Martiniano, el cadáver de Julio Constancio y el agonizante Galo.

El soldado suspiró de nuevo, mirando intensamente a los ojos de Juliano, que se puso en pie. El sacerdote se interpuso entre los dos.

–No puedes hacerlo. Tú eres un romano, un ciudadano del Imperio –dijo Valente–. Esos eran bárbaros, en su mayoría, y quizá ni siquiera eran cristianos. Pero tú sí lo eres, ¿verdad?

Martiniano asintió, aunque permaneció en silencio, paseando la mirada entre el sacerdote y el niño.

–¿Y cómo puede un cristiano ensañarse con un niño sin culpa? ¿Con un inocente? ¿Cómo vivirías con semejante peso sobre tu conciencia el resto de tu vida? –exhortó–. El Señor dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Ama su pureza, su inocencia. Sabe que son nuestro futuro. ¿Quieres arrebatarlos nuestro futuro?

–No necesitas convencerme, padre. Conozco estas cosas tan bien como tú –replicó secamente el soldado.

–Conozco a tu padre, Martiniano. Es un hombre bueno y valiente –sintió Juliano la necesidad de decir.

No para salvar su vida, ni para convencerle de que le perdonara la vida. Solo quería hacerle saber cuánto le apreciaba.

El joven le miró entre atónito y desconcertado. En su rostro se dibujaban emociones diferentes y aparentemente contradictorias. Juliano se preguntó cómo era posible: adoraba a su padre, sentía un amor incondicional, y no creía que pudiera haber lugar para otros sentimientos hacia un progenitor. Pero tal vez, pensó, era así porque nunca había conocido a su madre, que había muerto al darle a luz; solamente había tenido que preocuparse por su padre, y como Julio Constancio nunca había ocupado un alto cargo, ni llevado una vida pública o realizado misiones lejos de casa, siempre había estado con sus hijos. Ahora se sentía perdido sin él.

–No te creo. Mi padre... está muerto –replicó Martiniano.

–Estaba vivo cuando hablé con él. No ha sido hace mucho –precisó el niño.

–Con permiso –intervino el sacerdote–. El príncipe aquí está en peligro. Debemos encontrar una solución para salvarlo, soldado. Sé que puedo contar contigo.

Martiniano suspiró y asintió.

–Tienes razón –dijo.

A continuación, miró a su alrededor y se acercó a la mesa, que seguía puesta, cogió un recipiente de barro aún lleno de fruta, lo vació y se lo dio a Valente.

–Golpéame en la nuca y luego sal corriendo por la parte trasera con el niño –le sugirió al sacerdote.

Valente lo miró dubitativo, y el soldado le hizo un firme gesto con la cabeza para que actuara de inmediato.

El sacerdote miró a Juliano, este a su vez fijó la mirada en Martiniano y luego asintió como para que el soldado cayera al suelo aturdido.

Fue Juliano quien le agarró la mano y lo arrastró hacia la parte posterior de la casa.

Pero encontró tiempo para volverse un instante y lanzar una última mirada al hombre a quien debía la vida.

CAPÍTULO I

Constantinopla, diez días antes

Minervina estrechó la mano de Constantino y, finalmente, lo vio sonreír y relajarse. La frente del emperador agonizante, tendido en el lecho con las sábanas casi hasta la barbilla, ya no estaba perlada solamente con el sudor del sufrimiento, sino también, y por fin, con el agua bendita con la que el sacerdote le había persignado.

Minervina dio las gracias a Valente con una inclinación de cabeza. El sacerdote estaba guardando en su bolsa los instrumentos con los que acababa de bautizar al soberano que tanto había hecho por la Iglesia cristiana.

—Soy yo quien debe darte las gracias, Minervina —le susurró el sacerdote—. Me has honrado con tu amistad durante todos estos años y con el privilegio de ser tu confesor. Y gracias a ti, a tu constancia y a tu fe, ahora también he tenido el inmenso privilegio de bautizar a nuestro amado soberano, que nos ha permitido pregonar el nombre de Cristo sin temor a ser perseguidos o discriminados. Ha sido gracias a ti, y solamente a ti, no a los muchos sacerdotes que han estado a su alrededor durante estos años, que Constantino finalmente tomara la mano que el Señor le tendió desde que lo eligió como instrumento para derrotar a la idolatría. Fue el Señor quien te puso en su camino y te permitió vivir a su lado estos últimos doce años, desde que se convirtió en el amo absoluto del Imperio.

—Me alegro de haber servido al Señor —admitió Minervina, orgullosa del resultado que habían obtenido ese día, si bien entristecida por la inminente despedida del soberano—. Cuando me presenté en la corte, hace doce años, ni siquiera yo pensaba que me aceptaría. Ya me había rechazado dos veces. Sabía que había elegido el cristianismo sobre todo para obtener beneficios políticos. Pero había una tenue

luz en él que me esforcé en alimentar, hasta que se dio cuenta de que, más allá de lo que valoraba en nosotros los cristianos, desde la organización hasta la determinación, había también un mensaje de amor y paz que merecía la pena hacer suyo.

—Casi te has convertido en un apóstol, me atrevería a decir, por cuanto has hecho por nuestra fe. Si pienso también en la influencia que has tenido sobre sus hijos, que serán sus sucesores... —comentó Valente.

—Constantino, Constante y Constancio son cristianos sinceros y devotos, es verdad, y esto me reconforta: estamos en buenas manos —corroboró ella—. El Imperio está en buenas manos. Y estoy contenta de que el emperador se haya reconciliado con el Señor antes de que su vida llegara a su fin. Tenía muchas cosas que reparar, empezando por el asesinato de nuestro hijo Crispo. Se sentía culpable por lo que había hecho, por los crímenes que había cometido y las decisiones, a menudo discutibles, que había tenido que tomar, y buscaba desesperadamente la paz. Esto me facilitó la tarea. Le convencí de que el Señor perdona a cualquier persona y cualquier pecado, así que lo aceptó de corazón. No habría encontrado la paz si él no lo hubiera hecho...

Valente asintió y se dirigió hacia los demás presentes, a los que Minervina se limitó a echar una rápida ojeada, antes de volver a centrar su atención en Constantino: durante el bautismo, de hecho, la estancia se había ido llenando. Por una parte, estaba el consejero más íntimo del emperador, su exmarido Osio, obispo de Córdoba, y junto a él el eunuco Eusebio. Eran los encargados del ceremonial de la corte. Por otra, los parientes más cercanos del soberano que se encontraban en Constantinopla: sus hermanastros Julio Constancio y Flavio Dalmacio, y luego sus sobrinos Julio Dalmacio y Anibaliano, a quienes el emperador moribundo otorgó los más altos cargos. Minervina no pasó por alto la ausencia de la mujer de Anibaliano, Constantina, hija del soberano, e imaginó dónde podía estar. Sacudió la cabeza e hizo un gesto de resignación, consolándose con la presencia de la otra hija del emperador, Elena, bastante más dócil que su hermana. El prefecto Ablabio, el patricio Flavio Optato y algunos senadores también habían llegado, haciendo que la sala estuviera cada vez más abarrotada. Sintió una especie de frustración. Le hubiera gustado estar un rato a solas con Constantino, a quien tenía que hacer una última petición. Y no quería que los demás la oyeran. En especial

Osio, quien, a pesar de su avanzada edad, siempre permanecía alerta y atento a cada detalle. Se notaba que temblaba por no poder estar cerca del emperador moribundo; pero Constantino lo había dejado claro al expresar su voluntad de que fuera solamente Minervina quien se ocupara de él en sus últimos momentos.

El emperador llamó su atención con un suave gesto de la mano, indicándole que le destapara. La mujer le retiró la sábana hasta la cintura, contemplando su túnica de un blanco immaculado, como correspondía a un bautizado.

—Ahora sabemos que somos bienaventurados en el verdadero sentido de la palabra, que somos dignos de la vida eterna, que hemos recibido la luz divina... —dijo el emperador con un hilo de voz—. Es ciertamente desdichado y bien mísero... aquel que se ve privado de tales dones —pronunció sacando fuerzas de flaqueza.

Minervina asintió.

—¿Lo ves? Ya sientes al Señor dentro de ti: te ha acogido antes incluso de que llegues a su presencia, dándote la paz que buscabas —comentó feliz.

Constantino asintió a su vez.

—Nuestros hijos... ¿Dónde están? —murmuró mirando a su interlocutora con los ojos entrecerrados.

Minervina le sonrió dulcemente, observando su rostro marchito y cansado. El emperador no había cumplido los sesenta años, como ella, pero su intensa vida había marcado y empequeñecido al coloso que había sido.

—Han sido avisados, lo sabes —intentó tranquilizarlo—. Pero solo Constancio está destacado en Asia y puede llegar pronto: le esperamos de un momento a otro. Por otra parte, son césares, y tienen sus propias responsabilidades en las regiones de su competencia.

—Nosotros... necesitamos asegurarnos... de que estén de acuerdo con sus primos —masculló el emperador—. En el nombre de Cristo, deseamos que haya concordia entre ellos.

—Sin duda así será —respondió Minervina, lanzando una fugaz mirada a Dalmacio y Anibaliano, que de acuerdo con las disposiciones del testamento de Constantino se repartirían el poder con sus hijos—. Se han educado en la fe del Señor, y por tanto en el respeto mutuo. No te defraudarán.

En realidad, no estaba tan segura. Hubo un tiempo en que era incapaz de percibir malicia en los seres humanos, y tendía a juzgarlos a todos como buenos y desinteresados. Pero tantos años en la corte con Constantino, y la edad, le habían hecho más sabia y perspicaz, y ahora se sentía en condiciones de juzgar a los hombres por lo que eran y por lo que valían. Había pasado mucho tiempo con los hijos de Constantino mientras vivían en Constantinopla; había incluso tenido la oportunidad, como responsable de la servidumbre del palacio, de influir en su educación, llegando casi a sustituir a su madre, asesinada por Constantino muchos años antes, y a su abuela Elena, fallecida siete años atrás; y, por lo menos en uno de ellos, había logrado moldear su carácter y sus convicciones. Constancio, de hecho, podría haber sido su hijo casi tanto como Martino.

El hijo mediano del emperador era un joven muy devoto, responsable y concienzudo, y simpatizaba con las creencias arrianas que le había transmitido: también a él le había inculcado que el Hijo está subordinado al Padre, y que como ser engendrado y no creado no podía tener una naturaleza plenamente divina. Ella lo había aprendido de ese hombre iluminado que había sido Arrio, junto al que había predicado muchos años antes, y estaba contenta de que ahora una de las principales figuras del Imperio hubiera abrazado sus convicciones.

Menos satisfecha estaba con los otros dos herederos varones, Constantino y Constante. Perezoso y disoluto el uno, torpe y a veces cruel el otro. Ella había intentado mitigar sus defectos y educarlos en el amor y la caridad cristiana, pero llevaban años lejos de su influencia y de la autoridad de su padre, y era imposible saber cuál sería su comportamiento como emperadores. Solo podía esperar que hubieran madurado a medida que aumentaban sus responsabilidades y su edad. En cualquier caso, Osio seguía allí para supervisar la delicada transición del poder, y Minervina estaba convencida de que el obispo seguiría cuidando del Imperio mientras le quedara un hálito de vida.

Solo restaba un aspecto que había que eliminar de su influencia antes de que fuera demasiado tarde. Solamente uno, en el que ella podía estar segura de que no adoptaría una solución de su agrado.

—Debes decir... a Constancio... si no lo conseguimos... que llevará a cabo la expedición... contra los persas... que estábamos preparando —se esforzó en decir Constantino, interrumpiendo sus pensamientos.

–Lo sabe, lo sabe, y estoy segura de que sabrá tomar la decisión más acertada. Recuerda que hay pocos que tengan tus cualidades militares, y una campaña contra el Imperio persa, como sabemos, no es baladí –volvió a tranquilizarlo.

–Por este motivo..., hemos querido asociar al poder a Dalmacio –explicó Constantino–. Es el único que se parece a nosotros... de todos nuestros herederos... como soldado. Aunque el mando nominal de la guerra... sea de Constancio..., el verdadero comandante en el campo será Dalmacio... Él sabe infundir valor a los hombres, con su ejemplo... Como nosotros y como Sexto Martiniano.

Minervina dio un respingo. La alusión a Sexto le permitía por fin presentar la petición que tenía preparada.

–Sí, Sexto Martiniano... ¿Recuerdas tu promesa? –se apresuró a plantear de nuevo.

Constantino la miró sin comprender.

–Durante todos estos años me prohibiste bajar a las mazmorras para visitarlo –le recordó–. Pero también me prometiste que, si te sobrevivía, lo liberarías.

–¿Y cómo sabes que... sigue con vida? Doce años encarcelado es una dura prueba... para cualquiera –replicó Constantino, recuperando de repente su decisión–. Más aún para un hombre incluso mayor que nosotros.

–Me consta que todavía vive –replicó ella con firmeza–. Como también sé que, hasta que te ha sido posible, la última vez hace un mes, has bajado a hablar con él. Sé bien que siempre lo has hecho, cada vez que te encontrabas en Constantinopla. Y que has prohibido expresamente a Osio que lo mande ajusticiar, para no convertirlo en un mártir, con la esperanza de que la gente se olvidara de él. Pero estoy segura de que con el tiempo has desarrollado un gran respeto por Sexto y tal vez, a vuestra manera, os habéis hecho incluso amigos. Lo veo también ahora: cuando hablamos de él, parece tener más energía. Él siempre te ha dado fuerza, y estoy segura de que, a tu vuelta de cada campaña, te precipitabas al calabozo para contarle tus conquistas: en parte para hacerle sufrir, igual que sufriría un león enjaulado si le hablas de presas; pero también para compartir tu pasión con el hombre que, más que ningún otro en el mundo, es capaz de comprender los sentimientos que suscita. Como tú mismo has dicho, estáis hechos de

la misma pasta, aunque hayáis luchado en bandos contrarios. Jamás habrías podido liberarlo sin dar la impresión de debilidad, y lo entiendo; pero ahora puedes, es más, debes, porque tienes un compromiso conmigo y porque Osio y tus hijos mandarían matarlo.

Constantino encontró ánimo para una sonrisa forzada.

–Nos conoces bien.

–Desde luego. Y también le conozco bien a él. Os quería a los dos –admitió–. Así que permíteme liberarlo y vivir con él los años que nos quedan, ahora que estás entregando tu alma a Dios. Yo ya no tengo nada que hacer aquí en la corte. Concédenos al menos esto; lo que te estoy pidiendo es una modesta recompensa después de haber permanecido cerca de ti y haberte devuelto al Señor puro una vez más. Y a Sexto, antes de que partiese para la última guerra entre Licinio y tú, le prometí que algún día me entregaría por fin a él, después de tantos años dedicados primero a ti y luego a Cristo. Cumple tu promesa y permíteme cumplir la mía.

El emperador parecía reflexionar. Minervina le acercó al rostro la carta de autorización para la liberación de Sexto que tenía preparada. Solamente faltaba el sello imperial, que Constantino guardaba en la mesilla de noche junto a su lecho para firmar los documentos más urgentes.

Tras un largo silencio, que el emperador dedicó a leer la carta, Constantino miró hacia el sello, indicándole que lo cogiera. Luego asintió, y Minervina lo estampó en la parte inferior del documento, respirando aliviada. Dobló la carta y se la metió en el cinturón, luego acarició al moribundo, sonriéndole feliz.

Se volvió un instante para observar a Osio; cruzaron sus miradas y, por su semblante, no le cupo la menor duda de que había comprendido lo sucedido. Afortunadamente, el obispo tenía asuntos más urgentes en los que pensar en ese momento. No obstante, debía actuar con rapidez, antes de que su exmarido encontrara tiempo para vengarse de su antiguo rival.

–Ejem... ¿Tu marido no te obliga a estar con él junto a la cabecera del emperador? –dijo Martina, acariciando suavemente el espeso vello entre las piernas de Constantina, desnuda junto a ella en la cama–. De hecho, quizá sería más exacto decir: ¿no sientes la obligación de estar junto al lecho de tu padre?

La princesa, cuya boca estaba ocupada jugando con el grueso miembro de un esclavo nubio que estaba de pie junto al tálamo, tuvo que separarse de su chuchería para contestarle.

—Nadie me obliga a hacer nada, y mucho menos el cobarde de mi marido —replicó—. En cuanto a mi padre, dudo que le agradara mi presencia. De hecho, se arriesgaría a acelerar su fin: al verme, podría sufrir un ataque... Siempre me decía que yo era su «Julia», refiriéndose a todos los quebraderos de cabeza que Julia, la hija de Augusto, le dio a su padre... Y me casó con mi primo Anibaliano para fastidiarme: sabía que yo apuntaba a Dalmacio, que siempre fue su favorito.

—Sigues siendo la esposa del «rey de reyes», ¿verdad? Una de las mujeres más poderosas del Imperio en este momento... —comentó Martina, pasando a acariciar la suave piel del muslo de su amiga.

A sus espaldas, también tenía una esclava a su disposición como objeto de placer, pero solo tenía ojos para la hija del emperador. No le desagradaban los hombres, pero cuando estaba cerca era Constantina quien se adueñaba de la escena.

La princesa estalló en una sonora y desdeñosa carcajada.

—«Rey de reyes...». Nunca un título fue tan ridículo y vacío. De los cinco herederos designados por mi padre, Anibaliano es el único que no ha recibido realmente nada —declaró—. En teoría, si el emperador hubiera liderado la campaña contra el Imperio persa y hubiera vencido, habría cedido su conquista a mi marido, y yo habría sido la reina suprema de la creación. Pero solo en teoría, y con un montón de «y si...» de por medio. Nadie ha conquistado jamás el Imperio persa. En cualquier caso, mi padre nunca hará esa guerra, ni mucho menos sus hijos.

—Sin embargo, es uno de los herederos... Tu tío Julio Constancio, por ejemplo, no ha recibido nada...

—Qué va... Él no es heredero de nada —se lamentó Constantina—. Mi padre le ha otorgado una especie de título honorífico para no suscitar demasiadas diferencias con su hermano Dalmacio, que ha recibido Macedonia y Tracia. ¡Eso sí que es un legado concreto! Si hubiera podido, el emperador le habría cedido territorios aún más vastos, pero no podía pasar por encima de sus propios hijos... Si me hubiera casado con él, ¡ahora estaría preparándome para ser augusta! En cambio, yo, la hija mayor del gran Constantino, seré una patricia cualquiera, casada con un idiota del que todos se burlarán —concluyó molesta.

–Solamente tienes veinte años. Quién sabe cuántas oportunidades te brindará tu rango... –procuró tranquilizarla Martina–. Ya disfrutas de una posición bien definida en la sociedad. Yo, que tengo cuatro años más que tú, no poseo nada y no sé qué va a ser de mi existencia. Soy hija de un hombre condenado y de una mujer que solamente se encarga de la servidumbre del palacio imperial; no me interesa casarme, sino estar solamente contigo. Ni siquiera recuerdo a mi padre, y mi madre se avergüenza de mí. Cuando me ve, apenas se preocupa por ocultar su desaprobación hacia mí y su admiración por mi hermano Martino, y no deja de hacer comparaciones entre nosotros. Siempre dice que somos mellizos pero que no podríamos ser más distintos. La detesto, ¡esa estúpida santurrona!

–¡No tanto como odio yo a mi padre! –la secundó Constantina–. ¡Ojalá se muera y nos libre de su engorrosa presencia!

–En cambio yo estoy segura de que habría querido a mi padre si le hubiera conocido –prosiguió Martina–. Desde luego más que a mi madre: por lo que he oído decir, y por cómo me han hablado de él, era justo lo contrario a ella. Sí, estoy convencida de que me habría gustado. Pero el emperador nunca nos ha permitido visitarle durante todos estos años en los que ha estado prisionero en las mazmorras del palacio. Ni siquiera sé si sigue vivo...

–Bueno, pues vamos a comprobarlo, ¿no? –propuso Constantina, levantándose y mirándola a los ojos.

Martina sintió que se estremecía, como cada vez que podía disfrutar de toda la atención de aquella mirada penetrante, de pupilas negras incrustadas en esos enormes e inteligentes ojos, sobre un rostro que no era bello, sino de rasgos duros como los de su padre, pero sí sensual y con personalidad. Y a ella le gustaban las personas con autoridad: sabía que las necesitaba para no perderse por completo, tal y como la impulsaba su naturaleza.

–¿Qué quieres decir? Sabes perfectamente que tu padre ha prohibido a mi madre y a sus hijos cualquier contacto con el execrado Sexto Martiniano, su enemigo más acérrimo...

–No parece que el emperador esté muy consciente últimamente. Me atrevería a intentarlo, ¿te parece? Yo te llevaré hasta allí... –manifestó Constantina resueltamente.

Y Martina sintió que la amaba más que nunca.

–¡Salve, pequeño! –exclamó Constantina al ver a un niño al que Martina identificó como Juliano, sobrino de la princesa. Estaba en compañía de un esclavo, que le mostraba los pasillos del palacio imperial de Constantinopla–. ¿Qué haces aquí?

Juliano corrió a su encuentro y la abrazó. Parecía muy cariñoso comparado con su tía.

–Mi padre ha querido que le acompañara a visitar al emperador, que está muy enfermo –explicó el principito–. Pero solo he podido verle un momento. Han dicho que no debía fatigarse, así que mi padre se ha quedado y yo tengo que esperarle fuera. Como me aburría, le pedí a mi esclavo que me diera una vuelta por el edificio.

Constantina se volvió hacia Martina.

–Siempre ha sido un niño curioso...

–Y tú, ¿qué haces aquí? –le preguntó a su vez Juliano.

–Pues...

Constantina seguía mirando a Martina, que se encogió de hombros.

–Vamos a ver al hombre malo que el emperador ha prohibido a todos que vean. Ella es su hija –especificó la princesa con un atisbo de malicia.

Martina enseguida se dio cuenta de que no existían palabras más adecuadas para despertar la curiosidad de un niño, y eso le molestó. Su padre no era ningún bicho raro.

–¿Y de quién se trata? –preguntó Juliano con un destello de interés en los ojos.

–Sexto Martiniano, ¿verdad? ¿Quién si no? –le respondió la tía.

–¿Sexto Martiniano? ¿El último pretoriano? ¿El César de Licinio? –exclamó maravillado el muchacho.

–El mismo. Veo que le conoces.

–¿Y quién no? –replicó Juliano–. Cuando se habla de las victorias del emperador, siempre se le menciona. Todos saben que fue su más feroz adversario y que le ha mantenido confinado durante años en las mazmorras construidas especialmente para él en los sótanos del palacio. Dicen que lo tortura y lo atormenta para vengarse y para regodearse. Es para castigarlo por haber defendido a los dioses tradicionales, rechazando el cristianismo.

Martina se estremeció de terror al pensarlo.

–Dudo que sea como dices; en cualquier caso, lo comprobaremos y te lo contaremos –le explicó Constantina.

–De ninguna manera. Yo también quiero ir –se empecinó Juliano. Constantina parecía desconcertada y Martina le hizo un gesto de desaprobación.

–No creo que sea lo más adecuado –dijo por fin la tía, pero con escasa convicción.

Su perplejidad empujó al niño a insistir.

–Quiero verlo, sin falta. No me perdería esta oportunidad por nada del mundo, así que resígnate a llevarme contigo –dijo.

Constantina abrió los brazos, levantó los ojos al cielo y asintió. Martina estaba segura de que en realidad le producía placer; de hecho, había sacado a relucir el asunto para que se interesara. A veces se divertía siendo perversa, casi sádica; pero también le gustaba por su falta de escrúpulos, e incluso la envidiaba y se inspiraba en ella cuando estaba con los hombres, con quienes solo pretendía divertirse; con su madre, a la que quería herir para castigarla por su constante desaprobación; y con su hermano, a quien siempre deseaba humillar por su obsesiva devoción religiosa.

El esclavo de Juliano tuvo que acatar las decisiones de la princesa, así que le mostró el camino hacia las mazmorras. Juntos descendieron las escaleras que conducían al calabozo que Constantino había construido una década antes junto con el palacio y toda la ciudad. Martina se preguntaba qué morbosas motivaciones habían llevado al emperador a crear una prisión para su padre, y por qué Constantino había querido vivir con su más acérrimo enemigo justo debajo de su cama. Si lo que decía Juliano era cierto, y por lo que también ella había oído, debía ser verdad que había una veta de perversión y locura en aquella dinastía, de la que más le valía mantenerse alejada.

Sin embargo, no pensaba que pudiera ser cierto. Si Constantino hubiera sido tan malvado, si hubiese torturado a su padre, su madre no habría permanecido junto al emperador durante tantos años. Martina estaba segura de que la mujer sentía algo profundo por ambos hombres, con quienes había pasado parte de su vida, y no habría podido soportar que uno le hiciera daño al otro.

Cuando llegaron a la puerta de la mazmorra, un guardia bárbaro les cerró el paso.

–No podéis entrar aquí –dijo con su tosco acento.

–Soy la princesa Constantina, hija del emperador y mujer del rey

de reyes Anibaliano. Y deseo entrar a visitar al prisionero –declaró con decisión.

Ahora, observó irónicamente Martina, usaba el rimbombante título del marido para intimidar al soldado.

–Aquí no entra nadie. Órdenes del emperador –rebatió el centinela.

–El emperador tiene las horas contadas –replicó la mujer con un tono amenazador–. Es posible que en este momento haya muerto ya. Mientras que mi marido y yo seguimos aquí, vivos y «poderosos». Y también el padre de este muchacho, que es el hermano del emperador. ¿Quieres que nos acordemos de tu descortesía?

El guardia la miró desconcertado e incómodo. Permaneció en silencio.

–Dame tu nombre, soldado. Lo recordaré. Para una recompensa o un castigo en el futuro, tú decides –intervino con sorprendentes modales autoritarios Juliano.

Entonces el guardia se rindió. Abrió la puerta y les dejó pasar, luego cogió la antorcha que colgaba de la pared y los condujo a través de salas, pasillos y compartimentos malolientes y lúgubres, donde se amontonaban, bajo un manto de polvo, pilas de documentos, herramientas de mantenimiento de edificios, servicios de banquetes, cajas medio abiertas con libros dentro, tejidos; además de cerámicas, medios de locomoción, panoplias, despojos de enemigos bárbaros derrotados, antaño exhibidos en festejos triunfales, botines descosidos y otros muchos enseres que Martina no pudo reconocer. Le lloraban los ojos por el hollín cuando llegaron a una puerta con mirilla cuya cerradura abrió el guardia con un enorme pestillo. El soldado tuvo que forzarla para que al menos pudieran pasar de uno en uno.

–¿Constantino?

Una voz débil y ronca brotó de la oscuridad.

A Martina se le heló la sangre. Pero también percibió la expresión de estupor de su amiga, quien no dudó en preguntar:

–¿Qué significa esto? ¿Mi padre viene aquí?

El guardia se mostró incómodo una vez más.

La princesa le miró directamente a los ojos. Y los suyos eran unos ojos crueles. El soldado lo percibió y respondió:

–Una vez al mes, por regla general, y desde hace años.

Un escalofrío recorrió la espalda de Martina. Entonces era cierto:

le torturaba, incluso en persona. A pesar de ello, el hombre seguía vivo; y había llamado al emperador por su nombre, como si fueran amigos. No entendía nada.

—Será mejor que no le digas que eres su hija —observó Juliano en voz baja, dirigiéndose a ella—. Podría darle un síncope, si hace años que no os veis. En cualquier caso, se sentiría humillado.

A Martina le sorprendió la sensibilidad del chico, que parecía mostrar una madurez excepcional para su edad. Pero no tenía intención de hacerle caso: era su padre, maldita sea, y quizá el único de su familia por el que se sentía atraída.

—Me parece una buena idea. No deberíamos arriesgarnos precisamente ahora, ¿verdad? —opinó Constantina.

—Pero... —intentó oponerse Martina.

Sin embargo, la mirada de su amiga era muy elocuente, y renunció a insistir.

Primero entró el guardia para iluminar la estancia. A continuación, la princesa, luego Juliano y por fin Martina, cuyo olfato se vio asaltado por un hedor fétido en el cual reconoció toda clase de efluvios humanos: en las orgías en las que había participado con Constantina había tenido la oportunidad de oler todos los humores que un cuerpo podía producir. El esclavo del principito se quedó fuera. Martina escrutó en la oscuridad apenas esclarecida por la antorcha, acostumbrando lentamente a sus ojos, velados por las lágrimas que el hollín del pasillo le había producido. Al principio solamente distinguió una silueta oscura agazapada en el suelo sobre el jergón de paja, y luego se fijó en su barba y su pelo largo y gris. Por fin pudo observar sus rasgos. La última vez que le vio debía de tener poco más o menos la edad de Juliano, casi trece años atrás. No le cabía la menor duda de que él no era capaz de reconocerla; pero tenía su cara bien grabada en sus recuerdos, y estaba segura de que lo reconocería.

En cambio, nada en aquel rostro demacrado por el sufrimiento y la soledad, por la angustia y la derrota, arrugado y atormentado, le recordaba al hombre gallardo y decidido que había conocido.

CAPÍTULO II

En cuanto vio a Minervina salir de la alcoba de Constantino, Osio comprendió por su expresión que todo había acabado. La mujer tenía lágrimas en los ojos y el semblante afligido. Le miró y sacudió la cabeza, entrecerrando los ojos. Y también se dieron cuenta de ello el resto de la corte y algunos personajes de rango que llevaban apostados en la antesala desde hacía tiempo. Todos prorrumpieron en exclamaciones de consternación, lamentos y gritos desgarrados. Algunos se pusieron a rezar, otros abrazaban a los que tenían al lado, conscientes de que una era había terminado y de que el futuro ya no sería tan seguro y estable como el emperador había sido capaz de garantizar.

El obispo se había apartado de la cabecera del soberano para ocuparse de asuntos urgentes: la administración debía continuar. Y se había perdido el momento en que Constantino I el Grande, emperador de Roma por la gracia de Dios, conquistador de los sármatas, francos, germanos y solo el Señor sabía cuántos pueblos más, vencedor de Majencio y Licinio, había fallecido. Se reprochó haber sido tan inoportuno: quién sabe lo que le habría revelado a Minervina justo antes de morir, suponiendo que hubiera estado consciente, y a saber qué poderes le habría sonsacado aprovechándose de que estaba moribundo y no del todo lúcido. Pero tal vez fuera precisamente el motivo por el cual el emperador había deseado que la única persona de la que podía fiarse estuviera a su lado en su último adiós a la vida: Minervina nunca se habría aprovechado de él, y Osio, al fin y al cabo, también la había amado por su candor muchos años atrás. Un candor que incluso a él le había llevado a considerarla única en el mundo, una buena persona.

—El emperador me ha firmado este documento con el cual autoriza la liberación de Sexto Martiniano —le dijo Minervina tras acercarse a

él, mostrándole un folio de papiro—. Así que ni se te ocurra tocarlo. Iré a buscarle ahora mismo.

Osio esbozó una sonrisa. Después de todo, ya no era tan ingenua como antes. La edad la había hecho por fin más sagaz; y era consciente de que solo las disposiciones de Constantino le impedirían emprender una justa venganza contra aquel pretoriano por haberle robado a su esposa casi cuarenta años atrás.

Pero tenía muchas más cosas de las que preocuparse en ese momento. De Martiniano se ocuparía más tarde. Ahora debía asegurarse de que el Imperio se mantuviera en pie y de que los numerosos herederos que Constantino había designado para sucederle no causaran demasiados problemas. Y de él dependía evitarlo asegurando una transición que no desestabilizara al Estado ni provocara nuevas guerras civiles.

Cuando se despidió de Minervina, llamó inmediatamente al eunuco Eusebio y le invitó a seguirle a su despacho. Tomó asiento detrás de su escritorio y le invitó a sentarse frente a él. Tras unos instantes de reflexión, en los que se preguntó si realmente podía confiar en el eunuco, le dijo:

—Eusebio, tenemos un problema. Un gran problema. Y necesito a alguien que me ayude a resolverlo. Alguien en quien pueda confiar y que no tenga demasiados escrúpulos de conciencia: la conciencia es un lujo que no pueden permitirse quienes administran un Imperio. ¿Estás de acuerdo?

El eunuco, un hombre menudo a pesar de su deficiencia, pero calvo y con el rostro maquillado, con unos modales tan afectados y afeminados como los de sus otros colegas, asintió con decisión.

—Por supuesto, obispo. Sé perfectamente quién ha llevado en realidad las riendas del gobierno estos últimos años. Quién ha gestionado la administración, la burocracia, los asuntos religiosos y las disputas que han inquietado al Imperio, la reducción de los bienes y la influencia de los idólatras en favor de los cristianos, los flujos económicos y el abastecimiento. También sé que el emperador se dedicaba sobre todo a las conquistas, pero delegó en ti todos los demás asuntos. Y me preguntaba precisamente qué hacer ahora que él ya no está, y cómo se comportarán sus herederos.

«Respuesta muy satisfactoria», pensó Osio.

Había un reconocimiento de su papel en el gobierno, una pizca de ambición sana y la dosis justa de adulación, lo que demostraba el afán de Eusebio por ganarse su consideración. Sí, quizá había encontrado al hombre adecuado. Podía seguir adelante y revelar sus planes.

—Constantino no me escuchó cuando le sugerí limitar el número de herederos al mínimo —empezó diciendo—. El Imperio ha funcionado mejor desde que existe un solo emperador: los días de la tetarquía han terminado, y el sistema ideado por Diocleciano ha demostrado ser un completo fracaso. Que haya más emperadores solo sirve para provocar guerras civiles y para suscitar la adopción de políticas diferentes en los distintos territorios; en fin, solamente vale para desmembrar el Imperio y dejarlo poco a poco en manos de los enemigos: sobre todo me refiero a los persas de Sapor, que presionan en las fronteras orientales. Si por mí fuera, los tres hijos de Constantino estarían ya de más, sobre todo porque no todos son hombres de valía.

—Y él encima añadió también a los nietos —comentó Eusebio.

—Ya. Siempre decía que Dalmacio era el pariente que más se le parecía, y quiso, además, no solo casarle con su hija Elena, sino sobre todo dejarle Tracia y Macedonia, dos prefecturas clave, por añadidura, que constituyen un puente entre Asia y Europa... —admitió Osio.

—Y luego, para no disgustar al padre de Dalmacio, otorgó también un título a Anibaliano, además de a su hija Constantina... —añadió el eunuco.

—Exacto. Y por ingenuo que parezca, el título de «rey de reyes» incitará a ese muchacho a que se le suban los humos y a presionar a su hermano para que le ayude a conquistar territorios disponibles —corroboró Osio.

—Los dos podrían aliarse para arrebatar prefecturas a sus primos. La guerra civil está prácticamente asegurada. Sobre todo, porque es bien sabido que el prefecto pretoriano Ablabio está más unido a ellos que a los hijos de Constantino. Y es de suponer que Julio Constancio, que quedó fuera de la partición, también reclame algo para sí mismo: ofrecerá su apoyo a quien esté dispuesto a recompensarle —continuó el eunuco.

Por lo que parecía, Eusebio había entendido a la perfección la

situación. Y compartía sus preocupaciones; o fingía hacerlo, para obtener algún poder.

—Pues bien —prosiguió el obispo—. Los césares son muchachos todavía inexpertos en el arte de gobernar, algo que yo vengo haciendo desde hace mucho tiempo. Para asegurar la continuidad del Imperio, a pesar de las desafortunadas soluciones adoptadas por Constantino, también debemos asegurarnos de que la gestión del Estado siga en mis manos: aunque tengo setenta y seis años, me encuentro bien y no tengo intención de renunciar a mi papel. Pero no puedo tratar con cinco césares que pronto se convertirán en cinco augustos. No puedo razonar con todos ellos, ni controlar sus ambiciones.

—Claro, me doy cuenta de ello —se apresuró a decir Eusebio—. Cada uno de ellos tiene su propia clientela; sentirán que no se les ha recompensado lo suficiente, e intentarán ampliar su propio legado a costa de los demás, para complacer a sus partidarios...

—Además, todos conocemos el carácter de los hijos de Constantino —continuó Osio—. Su hijo homónimo es un libertino, y encima bastardo: hijo de una esclava, como tú y yo y algunos otros sabemos, a la que Constantino se vio obligado a dejar encinta porque la emperatriz Fausta no le daba hijos.

Omitió decir a Eusebio, no obstante, que él era también el único hijo seguro del emperador; los otros, según había descubierto, habían sido concebidos por la emperatriz Fausta con la semilla de su hijastro Crispo, a quien Constantino había tenido con Minervina. Por esto habían muerto Fausta y Crispo; su mujer, para más inri, ante los ojos de sus hijos y a manos de su propio padre, ganándose así el odio imperecedero de sus herederos.

—Y Constante no se queda atrás. Solamente Constancio parece un hombre responsable, pero es débil e influenciable —añadió.

—Es fácil predecir lo que sucederá —coincidió Eusebio.

—¿Qué? —quiso poner a prueba la agudeza del eunuco.

—Pues que... Constantino y Constante tendrán la mitad de Occidente para cada uno: el primero, la Galia, Hispania y Britania; el segundo, Italia, África y Panonia —enumeró Eusebio—. Podemos estar seguros de que pronto se harán la guerra mutuamente, como ya hicieron en su momento el viejo Constantino y Majencio. Solo es cuestión de ver quién actúa primero. Constancio tiene todo el Oriente, excepto

las prefecturas asignadas a Dalmacio. Y si conquista territorios en el Ponto y Armenia, tendrá que dárselos a Anibaliano. Pero ¿por qué debería hacerlo? ¿Y por qué debería dejar atrás una amenaza potencial como Dalmacio?

Osio no ocultó su satisfacción.

–Eres un político nato, Eusebio: has hecho el mismo análisis que yo –le felicitó, aprovechando para halagarle un poco–. Habrá un lugar muy importante para ti en la futura administración: encargado del personal de la corte es realmente poco para un hombre de tu talla.

Al eunuco le brillaron los ojos.

–Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, obispo. Sé que solamente quieres el bien del Imperio, y te secundaré en todos tus planes. Puedes contar conmigo. ¿Qué quieres que haga? –declaró solemnemente.

Osio sonrió.

–Bien, querido Eusebio –respondió–. Estoy seguro de que aún ejerzo una buena influencia sobre los hijos de Constantino. Ojalá pudiera convencerlos de mi visión unificada del Imperio, pero no estoy seguro de que todos vayan a entenderlo. Mejor que se encuentren de frente con el hecho consumado. El primero en llegar será sin duda Constancio, que reside en Antioquía. Para Constante, que está en Milán, y Constantino, que tiene su sede en Tréveris, necesitaremos un poco más de tiempo. Pero para entonces ya tendremos que haber actuado, antes de que las facciones se consoliden y de que Dalmacio, Anibaliano y su camarilla se hagan con el poder.

–¿Qué propones entonces?

Osio suspiró.

–Habrás visto que Minervina ha salido del cubículo del emperador con un folio en la mano. Era un documento que no nos interesa, de momento. Pero, dado que tú sabes imitar muy bien la grafía del emperador que acaba de dejarnos, debemos preparar un documento que sirva a nuestros fines, y hacer correr la voz de que es lo que Constantino ha dictado y suscrito en su lecho de muerte...

Sexto Martiniano se esforzaba por acostumbrar sus ojos a la tenue luz de la antorcha, que normalmente solo iluminaba el reducido habitáculo, en el que yacía desde hacía trece años, durante las horas de comer, o en las raras ocasiones en las que Constantino venía a

visitarle. De vez en cuando, los carceleros conversaban con él, siempre mostrando interés y curiosidad por sus hazañas, sobre todo para comprender cómo separar el mito de la realidad; pero, en general, gran parte de su existencia transcurría en una oscuridad absoluta que le producía espectros y le hacía aflorar pesadillas de su pasado.

¿Quién diablos era esta gente? El guardia le había traído a dos mujeres jóvenes y a un niño, precisamente cuando esperaba recibir la visita del emperador, ausente durante más tiempo de lo habitual. Los examinó y observó que se trataba de personas de alto linaje: en la mujer más suntuosamente vestida, que le observaba con unos ojos oscuros y profundos, le pareció reconocer los rasgos de Constantino, y sospechó que se trataba de un miembro de su extensa familia.

Se confirmó poco después.

–Soy Constantina, la hija del emperador, Sexto Martiniano –dijo la mujer–. Esta es mi sierva –añadió señalando a la otra muchacha–, y este niño es Juliano, sobrino del emperador. Por lo visto, no somos los primeros personajes de rango en venir a verte; me acabo de enterar de que mi padre te visitaba con asiduidad...

–Siento que se me haya escapado su nombre. Ahora más de uno sufrirá las consecuencias –respondió–. Yo, por haber revelado nuestro secreto. Tú, por haber violado sus disposiciones viniendo aquí. Sé que no deseaba que me viera nadie más...

–Nadie sufrirá nada. A menos que quieras sufrir tú mismo algún castigo por tu impertinencia, traidor –replicó Constantina contrariada–. Mi padre ya no puede hacernos nada.

Sexto se quedó asombrado.

–¿Qué quieres decir? ¿Le ha ocurrido algo? –preguntó.

–Le ha llegado la hora –respondió su hija con indiferencia, manifestando un desinterés que lo dejó atónito–. Ha pasado a mejor vida.

Sexto experimentó de repente una sensación de soledad. Las visitas de Constantino habían sido los únicos momentos en que se había sentido vivo en aquellos años, y los únicos en que había podido enfrentarse a sus pesadillas. El emperador era el hombre que había encarnado la mayor parte de todo aquello a lo que se había enfrentado, detestado y combatido con todas sus fuerzas: el defensor de los inmigrantes bárbaros y del cristianismo, el destructor de la tradición, el verdugo de sus compañeros pretorianos y de su emperador Ma-

jencio, el administrador que había relegado a Roma, su Roma, a un papel secundario en el Imperio; pero, sobre todo, el hombre que le había arrebatado a Minervina, el gran amor de su vida, demoliendo su vínculo y socavándolo hasta el punto de que le resultaba imposible volver a ser lo que era, incluso después de recuperarla.

Por culpa de Constantino, Minervina se había dejado llevar casi hasta el suicidio; el emperador la había maltratado brutalmente, le había quitado a su hijo y luego, según había sabido por sus carceleros, incluso lo había matado. La había hecho sufrir en todos los sentidos, y esto era aún más imperdonable que las fechorías que había cometido en nombre de su ambición, borrando todo aquello con lo que Sexto había crecido y transformando el Imperio romano en una entidad que ya nada tenía que ver con lo que había hecho grande Roma. Un Imperio cuyo ejército estaba formado y liderado en su mayor parte por bárbaros, y donde el poder residía en manos de una pandilla de exaltados que creía en un dios absoluto, cuya existencia pretendía excluir a las demás divinidades; un dios de marginados que había vuelto pusilánimes a los romanos, faltos de valor hasta el punto de renunciar al servicio militar y entregar las armas a los bárbaros, quienes antes o después aprovecharían para hacerse también con el poder efectivo.

—Esa no es manera de hablar de un padre. Y menos aún de un emperador —replicó finalmente a Constantina.

—Se diría que le tienes aprecio —replicó ella—. Sin embargo, te derrotó y te encerró aquí para que te pudieras. Tal vez incluso te torturó. Al menos eso dicen por ahí.

—Hizo lo que probablemente habría hecho yo también en su lugar. Y ten por seguro que no me ha torturado. Y para terminar te diré que a lo largo de estos años hemos aprendido a respetarnos a pesar de haber mantenido nuestras posiciones.

—Vamos, que os habéis convertido en dos amigotes... —comentó Constantina en un tono sarcástico.

Verdaderamente no le gustaba nada esa joven.

—¿Puedo preguntarte cómo es posible que os respetarais si habéis sido enemigos acérrimos? —intervino el niño.

En su mirada brillaba una luz de profunda y sagaz inteligencia que delataba una madurez muy por encima de su edad.

Sexto sonrió, enternecido. Por fin un miembro de la familia que

demostraba ser mejor que la mujer que tenía delante. Y quizá también que los hijos del emperador moribundo: en sus encuentros, Constantino nunca se había mostrado demasiado orgulloso de su propia descendencia, dejando traslucir a veces cierta decepción por el escaso valor de sus hijos.

—En las largas conversaciones que mantuvimos —explicó—, aprendí, si no a compartir, al menos a valorar la visión de Constantino. El emperador era un hombre que tenía amplitud de miras, no era un aventurero en busca de gloria, como tantos otros que se han sucedido a lo largo del último siglo. Constantino tenía su propia receta para salvar al Imperio de la decadencia, aunque suponía su radical transformación; precipitó el ocaso y promovió la destrucción para reconstruirlo según nuevos criterios. En lugar de dejarse abatir por los bárbaros, se entregó sin dolor. En vez de tolerar la escasa fe que los romanos todavía profesaban a los dioses tradicionales, fomentó la búsqueda de un ser supremo, que hacía tiempo había empujado a muchos a encomendarse al Sol Invicto, Mitra, Cibeles u otros, imponiendo una religión absolutista, un credo intolerante con todo lo que no fuera la fe en un hombre ejecutado hace tres siglos, defensor de los oprimidos y desposeídos. No apruebo nada de ello. Nada. Pero es un planteamiento de largo alcance que requería agallas y determinación. Solo un hombre de su talla habría poseído la capacidad de llevarlo a cabo. Y Constantino, según aprendí de nuestras conversaciones, es un hombre grande. Por otra parte, también él reconoció coherencia, si no grandeza, en querer defender a toda costa la identidad original de Roma, la que le llevó a dominar el mundo, también a costa de dejar que el Imperio pereciera de muerte natural, o de desgaste por el tiempo, como está en su derecho.

—Interesante... —reconoció Juliano—. Entonces tú también tienes amplitud de miras...

—No lo sé —admitió Sexto, y no por falsa modestia—. Solo sé que arrasar en pocos años todo lo que nuestros antepasados, con el favor de los dioses, habían construido era una afrenta a esos mismos dioses que nos habían permitido ser un pueblo elegido. Ningún hombre, ni siquiera el más grande, puede permitirse semejante osadía. Yo me limito a ser un individuo que respeta las tradiciones y a las divinidades que me han otorgado el privilegio de ser un romano.

Y no me identifico con un carpintero hebreo crucificado por los mismos judíos y por nosotros los romanos; de hecho, me sorprende que ahora haya emperadores, príncipes y senadores que simpaticen con él. ¿Qué tenemos que ver nosotros con esa gente? Es un asunto local, que por algún misterioso motivo se ha propagado como una enfermedad por dondequiera que pasa... Pero, más que nada, el dios de los cristianos es como el de los hebreos: intolerante. Los cristianos tienen la pretensión de que su Dios es el único que existe. Es un insulto a la religiosidad de los romanos que, a diferencia de ellos, siempre han respetado todos los credos.

—Cristo es bueno y enseña a ser como él, o mejor dicho, a encontrarle a él dentro de nosotros —se puso a explicar el muchacho—. Tal vez el Imperio sufriera una carencia de bondad, y todos han sentido la necesidad de él. Y además están sus sacerdotes y clérigos, siempre dispuestos a ayudarte y a responder a tus preguntas. Los dioses idólatras están muy lejos, y sus sacerdotes no se dignan estar entre la gente. Todo eso significa mucho.

—Ignoro cómo están ahora las cosas, pero antes de que mis huesos fueran a parar a este agujero los cristianos se peleaban entre ellos por matices doctrinales sobre la naturaleza humana o divina de aquel carpintero —no pudo evitar comentar con sarcasmo—. De todas formas, ¿qué podían hacerle?

Juliano, inesperadamente, soltó una carcajada, y se ganó la mirada fulminante de su tía. Incluso la esclava de Constantina sonrió, de una manera tímida y azorada que le hizo enternecerse. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que esa muchacha le recordaba un poco a Minervina; en la penumbra, le había prestado poca atención. Le sonrió, un momento antes de que ella apartara la mirada y se diera la vuelta. Sintió una punzada en el pecho y se preguntó qué habría sido de su mujer y de sus hijos. Muchas veces, en esos momentos en que el emperador se abría y la confianza entre ellos crecía, había estado tentado de preguntarle; pero nunca lo había hecho por temor a alguna represalia. Ahora habría podido dirigirse a Constantina, pero le parecía una mujer de sentimientos nada nobles, y tuvo miedo de comprometer de alguna manera a Minervina. Quién sabe lo que sucedería ahora en el Imperio sin la mano firme de Constantino... Así que guardó silencio, suspirando.

—Será mejor que nos vayamos. Podrían perdonarme por haberte traído aquí —dijo Constantina a Juliano—, pero no por permitir que este despreciable individuo te meta ideas extrañas en la cabeza...

—A mí no me parece despreciable en absoluto. Es más... —protestó el muchacho.

Pero la mujer ya le había agarrado de la mano y lo estaba arrastrando hacia la salida. Sexto se dio cuenta de que la esclava le lanzaba una mirada, y le pareció que estaba conmovida. Pero un instante después había desaparecido por la puerta, que se volvió a cerrar a sus espaldas.

Nadie se había dignado a saludarle.

Un paso atrás respecto a Constantino, quien, por lo menos, no lo consideraba una bestia.

«¡Señor, Sexto lleva trece años metido en ese tugurio! Debe apreciarle de verdad para haberle permitido sobrevivir. O amarme a mí...», pensó Minervina tras mostrar el acta de liberación firmada por el emperador en favor del prisionero.

Pero realmente ignoraba con qué se iba a encontrar. Únicamente sabía que Sexto estaba vivo; pero en qué estado, solo podía imaginarlo: era un hombre de casi setenta años, privado de la luz y de la libertad desde hacía más de una década, y agotado por una vida de decepciones y derrotas de las que hasta ella era responsable. Pero también temía por sí misma. Sexto siempre había sentido una enorme atracción física por ella, la consideraba la mujer más bella del mundo. Pero no la veía desde hacía una eternidad, y ahora se encontraría frente a una sesentona. Por si fuera poco, no se habían separado amistosamente; cuando se vieron por última vez, a punto él de partir para la guerra contra el mismo Constantino, no faltaron las recriminaciones por su elección en favor de Cristo, algo que él consideraba perjudicial para su relación.

Tiempo atrás, después de dar a luz a los mellizos, Martino y Martina, Minervina había decidido agradecer al Señor el haberle concedido traer al mundo a sus hijos en edad avanzada, haciendo voto de castidad y dedicándose a obras de caridad para expiar su lujuria y poner freno a su naturaleza pecaminosa, sus violentos impulsos sexuales y su desenfrenada propensión al placer, que el propio Sexto, y no sus dos maridos anteriores, le había hecho descubrir. Y esto fue un duro

golpe para el hombre. Sus respectivas posturas religiosas siempre les habían dividido, provocando interminables disputas; pero con su decisión, incomprensible para él, había cavado un abismo entre ellos que ya no podría salvar con sus promesas y propósitos para el futuro. Y la derrota de Licinio, que había implicado a todos sus colaboradores más cercanos, empezando por Sexto, que había sido su César, la había privado de la oportunidad de enmendarse.

Solo con el tiempo, de hecho, se había dado cuenta de lo ingrata e insensible que había sido en sus enfrentamientos. Sexto la había amado desde el primer momento, y nunca había dejado de apoyarla, ni siquiera cuando ella le abandonó por Constantino, o cuando fue repudiada por el emperador. Siempre había estado cerca de ella, y solamente la frustración le había impedido volver a ser el hombre dulce y apasionado que había conocido antes de que ella le infligiera una larga lista de decepciones. Y se había propuesto recuperarlo antes de que los asuntos de la guerra los separasen. En los años en que había vuelto con Constantino, no por amor, sino para redimir a un emperador que había asesinado a su hijo, para guiarlo realmente, también en espíritu y alma, a esa Iglesia cristiana en cuyo nombre había combatido, había esperado encontrarse con Sexto, y había intentado insistentemente que así fuera; pero Constantino se lo había prohibido y ella no pudo insistir por temor a ser rechazada. También estaba segura de que el emperador nunca habría hablado al prisionero de su presencia en la corte. Se había limitado a arrancarle la promesa de liberarlo si le sobrevivía. Y ahora se disponía a hacerlo; pero con el miedo de que él aún estuviera enfadado con ella y no quisiera ni verla.

Cuando estaba en el umbral de su celda, detuvo al carcelero que estaba a punto de abrirla y se quedó mirando al frente, suspirando en preparación para el encuentro. Llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, venía a ofrecerle la libertad y la oportunidad de ser cuidado y de tener a una persona a su lado durante el tiempo que le quedase de vida. Sexto no podía negarse, ni tratarla mal: no había razón para ello.

Autorizó al guardia a abrir la puerta y lo siguió, con lo que quedó inmersa en el mundo tenebroso en el que había vivido el hombre que, cuarenta años atrás en Britania, le había asegurado que la amaría eternamente.

Aun así, tenía miedo. Y cuando vislumbró la oscura sombra del prisionero arrastrándose lentamente por el suelo, le asaltaron la angustia y el pánico. Estuvo tentada de salir corriendo, pero sabía que eso nunca se lo perdonaría. Se quedó paralizada, justo al otro lado del umbral, contemplando cómo aquella sombra se transformaba en una silueta humana, y luego en un hombre de carne y hueso; o mejor dicho, en lo que quedaba de él. Sexto había sido un hombre robusto y fornido, no tan imponente como Constantino, pero vigoroso, y ahora no era más que un frágil anciano, encorvado, con profundas arrugas surcando su rostro y una mata de pelo enmarañado.

Sin embargo, ese mismo semblante apagado y casi fantasmal se iluminó de repente cuando la reconoció. La hendidura que ocupaba el lugar de su boca se abrió en una sonrisa atrofiada, poniendo de relieve la ausencia de dientes. Sexto intentó levantarse del jergón de paja en el que estaba sentado, pero tuvo que bregar con un cuerpo cansado e impotente, anquilosado por la falta de movimiento. Minervina se acercó a él y le ayudó suavemente a mantenerle erguido; después se sentó frente a él con las piernas cruzadas.

—Me has reconocido al instante... —consiguió pronunciar a duras penas con la voz rota por la emoción.

—Mientras conserves... esos ojos tuyos del color del océano, en los que siempre me he perdido, te reconocería en cualquier parte.

—Pero lo demás... lo demás no es más que decrepitud, ¿verdad? —respondió ella con aprensión.

—Lo demás... es elegancia y gracia, como siempre —replicó él sin dudar.

Le acarició la mejilla, pasando delicadamente los dedos por los profundos surcos excavados en su piel.

—Y sensualidad.

—No bromees... Ya sé que no soy más que una pobre vieja, un esqueleto con piel marchita pegada a los huesos... —se protegió—. Pero no importa: quiero decirte que...

Él le puso las manos sobre la boca para que no siguiera hablando.

—No me importa. Estás aquí. Estás viva. Por fin estás conmigo —dijo Sexto.

Acto seguido acercó sus labios a los de ella y la besó, tímidamente al principio, luego, viendo que ella los abría ofreciendo la lengua,

con más decisión, hasta que sus bocas se fundieron como tantas otras veces en un pasado lejano. Todo era distinto: el sabor, el olor, la consistencia, sin embargo, las sensaciones eran las mismas que tiempo atrás, cuando con solo tocarse se convertían en una sola persona, en un único ser.

Sexto le puso una mano en el pecho, y ella, increíblemente, como nadie se lo había hecho desde hacía casi veinte años, experimentó un estremecimiento de placer. El escalofrío le atravesó el vientre para terminar entre las piernas. Ella suspiró, y el hombre le estrechó el pezón entre los dedos, intensificando los estremecimientos. Parecía que sus manos nunca se hubieran separado de su cuerpo en aquellos veinte años de espera: sabían de memoria qué hacer y adónde ir. Ni siquiera tuvo tiempo de reclamar una caricia sobre su pubis, porque la mano de Sexto ya había bajado hasta allí. Sus dedos levantaron la solapa de la toga y se introdujeron en el taparrabos, mientras ella estiraba la pelvis hacia él para facilitarle la tarea. Sintió cómo entraba dentro de ella, provocándole un calor intenso entre las piernas y devolviéndole sensaciones antaño frecuentes. Jadeó agitadamente, y solo entonces cayó en la cuenta de que el carcelero, que había salido nada más entrar ella, podía oírlo todo e incluso observar lo que hacían a través de la mirilla. No le importó, se dejó arrastrar por el placer que aquellas manos sabían darle.

En todo ese tiempo sus bocas no se habían separado ni un instante, y cuanto más tiempo pasaban juntas, más se adaptaban la una a la otra. Se sintió impulsada a tocarle también ella. Su mano derecha fue en busca del miembro de su compañero. Lo encontró con facilidad bajo la túnica de lana que Sexto llevaba puesta; primero empezó a masajearlo, luego a apretarlo cada vez con más fuerza. Y cuando sintió el atisbo de una reacción, se excitó tanto que ya no pudo controlarse. El placer que había postergado, incluso resistido, durante casi dos décadas, con solo la insinuación de rozarse, estalló con vehemencia, impregnando todo su cuerpo, haciéndole elevarse muy por encima de aquella inmundicia impregnada con los humores y efluvios de Sexto. Ya no estaba allí, en aquella oscura celda, sino en un mundo aparte, conformado por dos cuerpos y dos espíritus capaces como nadie de fundirse en uno solo. Al parecer, el contacto con su antiguo amante seguía siendo capaz de provocarle el orgasmo con la misma fluidez

y asiduidad que la habían convertido en una adicta al placer. No, el Señor no podía haberla creado con aquella capacidad de llegar al éxtasis para luego condenarla porque deseaba alcanzarlo. Si surgía del amor, era lícito, no era pecado, no podía serlo. Y con Sexto solo podía ser amor.

Y recordó cuando él, casi treinta años atrás, fue a sacarla de un lugar sórdido y maloliente, el lupanar donde había decidido trabajar como meretriz para castigarse por haber perdido a Constantino y a Crispo.

Ahora había venido ella a salvarlo. Sí, era amor verdadero. Y era tan feliz como no lo había sido en mucho, mucho tiempo.

CAPÍTULO III

—Al parecer, Constantino es el único emperador que ha reinado después de muerto... —observó Osio con un ápice de ironía, estampando el sello imperial sobre los documentos que Eusebio le acababa de entregar.

El eunuco se los llevó todos, y dejó únicamente el que habían acordado darle a Constancio, que había llegado a Constantinopla la víspera.

La llegada del segundo de los hijos de Constantino permitió que finalmente se pusiera en marcha la ceremonia fúnebre. Se había corrido la voz con una rapidez sorprendente, e incluso Osio había tenido dificultades para abrirse paso entre la multitud que esperaba desde el amanecer en torno al palacio imperial para presenciar la procesión que conduciría los restos sagrados del emperador hasta la parte alta de la ciudad, cerca de las murallas y de la puerta de Adrianópolis, hasta la iglesia de los Santos Apóstoles, donde el emperador había decidido ser enterrado.

Osio se acercó de nuevo al féretro que los soldados estaban colocando en la sepultura, en el centro de la iglesia, en medio de los doce cenotafios dedicados a los apóstoles. Y ya muchos entre los espectadores aclamaban al emperador como el decimotercero de los discípulos de Cristo. Intentó colocarse junto a Constancio, que observaba el ritual con gran atención, ligeramente apartado de sus tíos y primos. Tenía que hablar con él sin falta a la mayor brevedad; incluso antes de que terminara la ceremonia. Tenía pensado entregarle el documento al final del día, pero viendo el consenso que Dalmacio lograba junto a los soldados que lloraban la muerte del emperador debía convencer al hijo de Constantino para que hiciera algo inmediatamente y ganarse sus simpatías; así que mandó a Eusebio a por la carta para enseñársela sin mayor dilación al heredero del trono.

Dalmacio había participado en las últimas campañas de Constantino en el Danubio contra los sármatas y se había labrado un nombre como combatiente; era incluso capaz de reconocer a los soldados con los que había luchado y llamarlos por su nombre, tal y como lo había visto hacer más de una vez durante la procesión que había partido desde el palacio imperial. Constancio, como mucho, había seguido a su padre manteniéndose en la retaguardia, cuando no se había quedado en su puesto para ocuparse de los asuntos de la administración, ámbito en el que parecía más versado.

Se sintió bastante decepcionado por el recibimiento de los militares al heredero del trono. El cuerpo de Constantino había estado expuesto durante casi una semana en el gran salón del palacio, en un ataúd dorado envuelto en paños de color púrpura, rodeado de vasijas doradas en las que ardía fuego constantemente, a disposición de todo aquel que quisiera rendirle homenaje. En el transcurso de aquellas largas jornadas, casi todos los dignatarios, senadores y jefes del ejército de la ciudad se habían sucedido para rendir su último tributo al gran emperador, y Dalmacio y Anibaliano nunca habían faltado a la cita, saludando a todo el que llegaba y departiendo con ellos. En ausencia de los hijos de Constantino, eran ellos quienes hacían los honores, y Osio estaba convencido de que estaban preparando el terreno para derrocar a sus primos. Pero, aunque no fuera eso lo que pretendían, no le importaba: tenía su propio plan y se proponía llevarlo a cabo hasta el final. Cuantos menos emperadores hubiera en el futuro, más fácil y menos arriesgado sería administrar el Imperio.

Sobre todo, para él.

Su mirada se posó en el relicario con el cráneo de san Lucas Evangelista, una de las reliquias más prestigiosas de la iglesia. Y pensó en Elena. En su día, Constantino había querido que el templo se enriqueciera con los restos de todos los apóstoles, y había encomendado a su madre, Elena, la tarea de encontrar reliquias dignas durante su viaje a Tierra Santa. Pero la piadosa mujer solo había sido capaz de conseguir aquel cráneo y el de san Andrés, y Osio ni siquiera estaba demasiado seguro de que no se hubiera dejado engañar por unos judíos ansiosos de endilgar una falsificación a gente crédula. Con el paso de los años, a esas dos reliquias se habían sumado muchas otras, en particular el cráneo de san Timoteo; pero nada más en

relación con los doce favoritos de Cristo, cuyos cenotafios estaban tristemente vacíos.

Elena había sido su más preciada colaboradora y, antes que eso, su amante, consolándolo en los momentos más oscuros de su matrimonio con Minervina, cuando su esposa le engañaba con Sexto Martiniano. Había demostrado ser una mujer inteligente y sin escrúpulos para secundar sus planes, y le había apoyado en su largo conflicto con Fausta, la emperatriz, ayudándole a quitarla de en medio... Ellos habían sido los verdaderos artífices del ascenso de Constantino, y su muerte le afectó bastante más que la de su hijo. El emperador y él habían compartido muchos proyectos, pero nunca habían llegado a ser íntimos; con Elena, en cambio, había existido una amistad sincera, quizá la única que tuvo jamás en su larga existencia. O tal vez se tratara de complicidad y solidaridad de intenciones, no sabría decirlo. Lo único que sabía era que la añoraba y que se sentía muy solo sin aquella mujer.

Ni siquiera la vuelta a la corte de Minervina había compensado aquella pérdida: él la apreciaba, y ella a él, pero no había confianza entre ellos. En todos aquellos años, nunca habían ido más allá de una actitud formal. La mujer ya no confiaba en él como antes, y ahora se cuidaba de no abrirse en su presencia. Sexto Martiniano estaba indudablemente implicado: durante el tiempo que habían estado juntos y habían tenido hijos, el antiguo pretoriano debió de abrirle los ojos al odio que se tenían y a las razones que lo habían causado y alimentado. Y tal vez incluso había conseguido convencerla de que él era el responsable de la muerte de sus padres.

Dejó a un lado sus recuerdos y se concentró de nuevo en la tarea que le aguardaba. Impaciente por hablar con Constancio, esperó a que el oficiante terminara su homilía para acercarse al César. Constancio apenas tenía veinte años y, al no ser en realidad hijo de Constantino, sino de su hijo, no se parecía en nada a su padre oficial: su rostro era un óvalo perfecto, elegante y agraciado, de nariz recta y afilada y boca amplia y bien perfilada. Se notaba, para quien conociera a la madre de su verdadero padre, que había algo de Minervina en él.

—Tengo que hablar contigo —le susurró al oído en cuanto llegó hasta él.

El joven lo miró sorprendido.

—¿Ahora? —murmuró.

También su mujer, la hija de Julio Constancio, le miró escandalizada.
–Es realmente urgente. Te ruego que salgas conmigo un momento. Quiero que leas algo –insistió.

Constancio resopló, miró fijamente a su mujer, extendiendo los brazos en un gesto de impotencia, luego asintió y le siguió hacia la puerta. Salieron al gran patio que rodeaba la iglesia, donde los servidores de Constancio se pusieron en guardia y se apresuraron a rodearlo para protegerlo del gentío. A la ceremonia, de hecho, solamente habían podido asistir los notables de la ciudad, pero la plebe se agolpaba en los alrededores del edificio, incluso en las exedras y fuentes, y a lo largo de las columnatas que bordeaban el complejo. Osio se abrió paso entre la multitud hasta llegar a la entrada de las termas anexas, entonces se detuvo y, rodeado a cierta distancia por los guardaespaldas del César, le entregó la carta que Eusebio había redactado con el sello de Constantino estampado en ella.

Constancio la leyó primero con curiosidad, luego con asombro y finalmente con indignación. Su expresión de desconcierto confirmó a Osio que había conseguido el efecto deseado.

–No me lo puedo creer... –murmuró el joven–. No es posible.

–Sin embargo, fue tu propio padre quien la escribió –subrayó el obispo–. Así que debemos darlo por verdadero.

–Si es así, tuvo lo que se merecía –sentenció el César.

Osio no era ajeno al odio de Constancio hacia su padre por haberle visto matar a su madre delante de sus propios ojos.

–No obstante –añadió el joven–, no podemos tolerar semejante felonía.

–Exactamente. Además, porque da a entender claramente que también tú y tus hermanos estáis en peligro. Necesitas el apoyo del ejército lo antes posible –le apremió Osio.

–Entonces, ¿qué hacemos? –le preguntó Constancio.

Osio sintió una oleada de placer. El joven e inexperto César estaba literalmente pendiente de cada una de sus palabras, y no le cabía la menor duda de que, si jugaba bien sus cartas, podría ejercer aún más influencia sobre él de la que había ejercido con Constantino.

–Déjalo en mis manos –le tranquilizó–. Lo único que tienes que hacer ahora es volver a la iglesia y, antes de que se vaya todo el mundo, dar un bonito discurso en memoria de tu padre, asegurándote de

que complazca a los jefes del ejército. Recuerda sus hazañas y procura convencer a todos de que harás esa campaña contra el Imperio persa. Es lo que quieren, pero, como no te consideran un soldado, dudan que lo llesves a la práctica. En realidad, no tiene importancia si lo ejecutas de verdad: lo que importa es que tú lo prometas; luego, cuando tu poder sea firme, podrás permitirte abandonar. Y asegúrate de mostrarte tan decidido como él.

Constancio parecía intimidado. No era un líder, nunca lo sería. Y además era bastante tímido; no era el tipo de persona que resultaba agradable a primera vista, ni era carismático. Osio le vio dudar.

–Recuerda que eres el hijo de Constantino el Grande –le mencionó para infundirle ánimo. No era cierto, pero él no lo sabía–. Solo por eso la gente ya te adora, y eso es una ventaja. El resto depende de ti. Si no quieres arriesgarte a una guerra civil, habla con prudencia y te seguirán a todas partes, al menos mientras se dejen llevar por la ilusión de que aún siguen a Constantino.

Constancio asintió y, tras unos momentos de indecisión, dio media vuelta y se dirigió hacia la iglesia.

Osio soltó un suspiro de alivio. A fin de cuentas, no importaba si hablaba bien, sino que adquiriese confianza en sí mismo, y hablar al público en el funeral de su padre contribuiría a dársela. Lo que realmente contaba era lo que tenía que hacer ahora.

Él también regresó a la iglesia. Pero con la idea de ir inmediatamente después al cuartel de la guarnición.

–Te he hecho llamar, *magister militum*, para encomendarte que veles por el César Constancio, de quien tengo razones para creer que está en grave peligro.

La declaración inicial del obispo de Córdoba Osio, consejero principal del emperador Constantino y regente del Imperio a la espera de la definición de los nuevos acuerdos institucionales, sorprendió al general convocado a su *tablinum* y a los dos miembros de la guardia palatina que le acompañaban.

Empezando por Martino.

–Y cuando lleguen a Constantinopla los otros dos hijos del emperador, deberás encargarte de que también ellos estén seguros –añadió el prelado con el semblante serio y preocupado.

El general se removió incómodo en la silla donde su anfitrión le había hecho sentar. Martino y su camarada, de pie junto a la puerta, cambiaron el peso del cuerpo de un pie a otro, sin saber cómo comportarse frente a aquellas graves noticias.

—¿Qué te hace pensar que los césares corren algún riesgo, si puedo preguntarlo? —interpeló el comandante.

—Esto —respondió Osio, entregándole una carta—. He esperado a que terminaran las exequias del emperador para hacer partícipe de estas noticias al mismo Constancio y, ahora, también a ti y al ejército. No quería perturbar un momento tan solemne como la última despedida a nuestro amado soberano.

El general asintió, tomó el documento y lo leyó. Después lo dejó sobre el escritorio, consternado. A Martino le asaltó la curiosidad.

—No puedo creerlo... —murmuró entre dientes—. Envenenado... por sus propios hermanos y sobrinos...

—Precisamente aquellos que deberían estar más agradecidos por todo lo que hizo por ellos —comentó Osio—. Habría podido dejar todo su legado solamente a sus hijos, y sin embargo lo repartió también con el resto de la familia.

—Como Julio César, asesinado por quienes más había favorecido... —declaró amargamente el general.

Martino estaba desconcertado. No daba crédito a semejante desgracia. El Imperio corría el peligro de caer en manos de asesinos. Habían privado a Roma del mayor emperador que jamás había tenido, a Cristo de su más tenaz y valiente defensor, y a él de la oportunidad de distinguirse en la conquista del Imperio persa.

—Debemos agradecer su lucidez, que le permitió comprender en su lecho de muerte lo que verdaderamente había sucedido —prosiguió Osio.

—Sí. ¿Cómo habrá llegado a esa conclusión? —se preguntó el comandante.

—Puede que fuera el Señor quien le indicó el camino después de recibir el bautismo. Aunque débil, reunió fuerzas para dictar y firmar esta carta, lo que indica que estaba realmente convencido —dijo el prelado—. Su esposa Minervina, que la recogió de sus manos y estaba a su lado en el momento de su fallecimiento, me la entregó personalmente. En cualquier caso, comoquiera que fuese, debía de

estar convencido de que la participación de sus nietos en el poder no era algo bueno para el Imperio. No tuvo tiempo de cambiar su testamento y encontró otra manera de indicar sus últimos deseos...

–¿Que serían?

–Parece claro: su herencia solo pertenece a sus hijos. A nadie más.

Martino aceptó de inmediato. Y se sorprendió de que hubiera sido precisamente su madre quien hubiera recogido sus últimas voluntades. Se propuso volver a hablar con ella, en cuanto le dejaran vía libre, para saber exactamente cómo habían sucedido las cosas.

–¿Por este motivo piensas que Constancio y sus hermanos corren peligro? ¿Crees que los primos tienen mala conciencia y que pretenden eliminarlos a ellos también? –preguntó el general.

–Por supuesto. Esta gente sin escrúpulos estará dispuesta a provocar una guerra civil para conseguir el poder absoluto, y no se detendrán ante nada.

–Pero ahora tienen el poder. Fue el mismo Constantino quien se lo otorgó. Y no será fácil destituirlos.

–Por eso te lo cuento a ti –se apresuró a responder Osio–. Vosotros los militares sois los únicos que podéis arrebatárselo. Y no por las buenas...

El *magister militum* se mostró pensativo.

–Dalmacio en especial es muy querido por la tropa... –objetó.

–Cuando tú y tus hombres digáis a vuestros camaradas lo que ha hecho, dudo que siga siéndolo por mucho tiempo...

El general asintió gravemente y guardó silencio.

–Puedes retirarte, general. Creo que no hay tiempo que perder. Deja que estos valientes muchachos hablen con sus camaradas –concluyó el obispo.

Llegados a este punto, al comandante no le quedó más remedio que levantarse e invitar a sus hombres a seguirlo. A Martino no tuvo que decírselo dos veces. No veía el momento de hacer pagar a esos traidores por sus culpas. El Imperio se hallaba sin guía por su delito, y no tenía intención alguna de perdonarlos.

De camino al cuartel, estuvo tentado de pedir a su comandante un breve permiso para hablar con su madre cuanto antes. Pero luego pensó en la reacción de la mujer ante la infamia de la que había sido testigo. Ella seguía al pie de la letra todos los pasajes de los textos

sagrados y se tomaba muy en serio lo de «poner la otra mejilla». También él era muy meticuloso con los preceptos del Evangelio, pero como soldado esto no podía permitírsele de ninguna manera. Tal vez fuera la única exhortación que valía solo para los civiles. A él y a sus compañeros les correspondía defender lo que se había convertido en el Imperio de Cristo, y quien matara al emperador sería considerado igual que su más acérrimo enemigo, o sea, el rey de reyes persa, Sapor. Un buen cristiano no podía dejar impune semejante crimen.

Por ello, decidió hablar con su madre *a posteriori*, para enfrentarla a los hechos consumados y no permitir que flaqueara su voluntad de justicia. Antes de cruzar el umbral del cuartel, sus compañeros ya estaban ocupados informando a sus camaradas. Sin dudarle, se encontró gritando con ellos para que se hiciera justicia.

—¡Matemos ya a esos traidores!

—¡Malditos bastardos! ¡Degollémoslos como a los cerdos!

—¡Vamos ahora mismo a sacar a esos cobardes de las alcantarillas donde viven!

—¡Vamos, antes de que maten también a los hijos de Constantino! Démonos prisa.

—¡Defendamos a los únicos herederos que merecen suceder a nuestro buen emperador!

—¡Constancio Augusto! ¡Constancio Augusto!

—¡Muerte a Dalmacio! ¡Muerte a Anibaliano!

«Odio». Odio en estado puro. Martino se dio cuenta de que lo sentía por primera vez. Hasta entonces, solamente lo había albergado por su padre Sexto, por no haberlo considerado nunca, por haber hecho sufrir tanto a su madre y, sobre todo, por haber contribuido a dañar la causa cristiana. Pero no lo había aborrecido hasta el punto de desear su muerte. Ahora, en cambio, anhelaba la muerte de esos asesinos con cada fibra de su ser. Es más, esperaba ser él quien se la infligiera.

Se dio cuenta de que todos sus compañeros ansiaban venganza, ya fueran cristianos o idólatras, romanos o bárbaros.

Los traidores tenían las horas contadas.

—Quisiera hablar con mi hija Martina, por favor. Sé que está aquí —dijo Minervina al esclavo que le abrió la puerta.

El hombre la miró perplejo y dudó.

—Debo preguntar, señora —respondió por fin, sin ofrecerle asiento.

Minervina hizo ademán de entrar, pero se detuvo: seguía siendo una de las propiedades que Constantino había asignado a su hija Constantina, y no tenía intención de importunar a la dueña de la casa. Sabía desde hacía mucho tiempo que era allí donde iban las dos amantes, esa mujer y su hija, cuando pretendían pasar unas horas de desenfreno juntas, sin que el rey de reyes Anibaliano, marido de la princesa, se viera implicado. Hasta el momento, Martina no parecía haber encontrado nada mejor que hacer con su vida. Había rechazado a todos los maridos potenciales que había conocido en la corte, sabiendo que una joven tan hermosa como su hija encontraría fácilmente un pretendiente. Pero Martina, rebelde y caprichosa por naturaleza, no tenía intención de atarse a nadie más que a aquella malvada mujer, cuya perfidia reprochaba el propio Constantino. La seguía a todas partes como un perrito faldero, y desperdiciaba su existencia entregándose a los sórdidos vicios de la princesa, en una espiral de envilecimiento que pronto la llevaría a la perdición eterna.

Pero ahora se encargaría ella misma de reconducirla por el buen camino. Tenía una tarea preparada para su hija que no podía eludir y que le devolvería la pureza perdida, al menos en parte, acercándola a Cristo.

Martina apareció al fondo del vestíbulo, junto al esclavo que le había abierto. La vio caminar provocativamente, más voluptuosa que ella de joven, pero con la misma figura escultural y el largo cabello rubio suelto. Según se acercaba, notó que tenía el maquillaje del rostro corrido, lo que convertía su perfecto óvalo en una máscara trágica, el pelo alborotado y el atuendo desaliñado.

Por la expresión de la joven, percibió que no había podido ocultar su desaprobación por lo que estaba viendo.

—¿Ahora también tengo que aguantar aquí tus sermones? Sé que has sido cómplice del gran complot, así que tal vez deberías tener cosas más urgentes en las que pensar —espetó Martina en el habitual tono ácido con el que solía dirigirse a ella.

Minervina no alcanzó a comprender a qué se refería, pero estaba decidida a no perder más tiempo. Renunció a discutir sobre el hecho de que no la dejaran entrar y dijo:

–De hecho, tengo algo muy urgente en lo que pensar y no quiero pelear contigo. Además, necesito tu ayuda.

–Vaya... Pensé que no necesitabas la ayuda de ningún ser humano. El Señor siempre está contigo, ¿no?

La joven no abandonaba su tono sarcástico.

Minervina rogó al Señor que le diese la paciencia necesaria.

–Por fin he sacado a tu padre de la prisión –le comunicó, con la esperanza de ablandarla.

Sabía que Martina no rechazaba *a priori* la figura paterna, a diferencia de su hermano mellizo. De hecho, más de una vez había mostrado curiosidad por conocerlo.

Es más, pareció mostrar un atisbo de interés.

–¿En serio? Por fin nuestra casa dejará de ser el cementerio de beatos que siempre ha sido. En ese caso pasaré allí más tiempo –comentó secamente.

–En lugar de eso, deberías venir enseguida y ayudarme a llevármelo. Tenemos que escapar y necesitamos a alguien que nos asista –declaró con decisión.

La muchacha la miró incrédula.

–¿Estás de broma? ¿Quién creéis que os persigue? El emperador ha muerto, y era él quien quería perjudicar a nuestro padre –replicó.

–Sí. Le quería tanto que lo mantuvo con vida... Pero ahora ya no está para protegerle –puntualizó.

–Es un pobre viejo incapaz de hacer daño a nadie. Pocas personas saben que aún está vivo. Todos piensan que murió en prisión. Y, además, no me imagino quién podría tener algo contra él...

–Tú no sabes nada. ¡Nada! Te aseguro que corre un gran peligro. Debemos llevárnoslo de la capital enseguida, antes de que sea demasiado tarde –insistió.

–Yo no me voy a ninguna parte. Ahora no. Están a punto de suceder cosas que no quiero perderme –protestó Martina-. Y tú deberías saberlo mejor que nadie.

Minervina se mostró sorprendida una vez más.

–¿Qué debería saber?

–Lo del complot, obviamente. ¡Pero si has sido tú misma quien ha informado al obispo Osio!

Minervina no daba crédito a sus oídos.

–¿Yo... qué? ¿De qué complot estás hablando?

–Constantina me lo ha contado todo –continuó Martina con indiferencia–. Fue el eunuco Eusebio quien la informó, para ponerla a salvo, dice, ya que uno de los conspiradores es en realidad su marido. ¿Por qué crees que estamos aquí encerradas? En cualquier momento, alguien le hará el favor de quitar de en medio a ese idiota...

La mujer estaba cada vez más confundida.

–¡Yo no he informado a Osio de nada! ¿Pero a quién se le ha ocurrido semejante dislate? Y, además, ¿qué se supone que harán los conspiradores? –la apremió.

–¿Cómo? El emperador, en su lecho de muerte, te dio una carta en la que denunciaba que había sido envenenado por sus hermanastros y sobrinos. ¡Y tú se la diste a Osio! Y ahora los soldados querrán eliminar a los conspiradores antes de que acaben también con los hijos de Constantino –le explicó Martina, extrañada.

Minervina se sintió desfallecer. Se vio invadida por una sensación de náusea, la cabeza empezó a darle vueltas y tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta para no desplomarse en el suelo. Su hija se quedó donde estaba, sin hacer siquiera ademán de sujetarla.

–Yo... no sé nada de esto... Yo solamente he entregado a Osio la carta que autorizaba la liberación de tu padre. Es la que Constantino me concedió en su lecho de muerte –pronunció a duras penas, indignada.

Ahora se daba cuenta de lo peligroso que podía ser Osio. Una razón más para escapar cuanto antes.

Martina la miró estupefacta.

–No cambiarás nunca... Entiendo que no quieras tener nada que ver con eso...

–Pero ¿qué estás diciendo? Es la verdad. La pura verdad –le gritó en la cara.

La joven se encogió de hombros.

–De acuerdo. ¿Y qué si lo es? El Imperio estará mejor con un par de reyes y emperadores menos. Y además Constantina, que en realidad no soporta a Anibaliano, merece algo más que un gobernante sin poder ni territorio que dominar –declaró sin miramientos.

–¿Pero es que no lo entiendes? Esto confirma que tu padre está en peligro. ¡Debemos darnos prisa! ¡Rápido, ven conmigo! –insistió.

–No digas tonterías. Mi padre no tiene nada que ver con toda esta historia –respondió la hija, inamovible.

–En nombre del Señor, te lo ruego, ven conmigo. Ayúdanos a escapar...

–Iré, si es lo que quieres. Tengo ganas de hablar con mi padre, a diferencia de Martino. Pero ahora pienso quedarme junto a Constantina: es un momento delicado para ella.

–¿Y no lo es para nosotros? ¿Para mí y para tu padre?

–Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena. Disfrútalo cuanto puedas. Os dejo para que gocéis de vuestra intimidad un par de días –declaró la muchacha en tono contundente.

Luego se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí, mientras Minervina se quedaba llorando desesperada en el umbral. La mujer deseaba llamar de nuevo, pero se dio cuenta de que sería inútil. De hecho, sería perjudicial, porque solo le haría perder más tiempo. Ahora tenía que correr a la casa que Constantino había puesto a su disposición años atrás. Osio seguramente había aprovechado el enfrentamiento con los parientes del emperador para dirimir sus asuntos personales. Subió a la litera de un salto y ordenó a los porteadores que se dieran prisa. Invasión por una sensación de angustia, el corazón empezó a latirle con fuerza. Debía dejar atrás todas sus pertenencias y huir directamente al puerto para marcharse lejos de allí, tal vez a Roma, donde aún contaba con algunas amistades entre los cristianos, y donde Sexto, como antiguo pretoriano, sería recibido con entusiasmo. Y ella se dedicaría a él como nunca había tenido la oportunidad de hacer.

Pensó en lo extraño que era el amor. Sexto había sido el hombre más importante de su vida, sin embargo, nunca se había preocupado por él, nunca había permanecido junto a él. Había estado al lado de todos los demás hombres que había tenido, amándolos menos o nada y durante menos tiempo, pero nunca había estado junto a él. Había sido esposa del usurpador Aletto, de Osio, en aquel momento senador, concubina de Constantino, y a todos les había dado más que a Sexto. Ahora por fin le llegaba su turno, y esperó que el Señor tuviera piedad de él y le concediera algunos años más de vida, en la paz y en la serenidad que merecía.

Ciertamente, salir de la cárcel le había permitido recuperar la salud y la vitalidad. Minervina le había aseado y le había hecho examinar

por un médico, quien le confirmó su robusta constitución y le administró un tratamiento revitalizante. Sus ojos se iban acostumbrando de nuevo a la luz y cada vez los mantenía menos entrecerrados, sus articulaciones agarrotadas se iban aflojando y, a base de breves paseos por el recinto, ya era capaz de caminar cada vez durante más tiempo, aunque con la ayuda de muletas. Y su espalda hundida por el sufrimiento incluso se estaba enderezando, lo que le permitía recuperar al menos parte del porte orgulloso que la había impresionado desde su primer encuentro, cuando aún era una niña.

Sí, podrían ser felices, por fin. Pero todo dependía de la rapidez con que actuaran. Llegó a la puerta principal y la vio abierta. Su corazón, que había dejado de latir con fuerza al dejarse llevar por sus fantasías sobre su futuro juntos en la urbe, empezó a palpar con frenesí de nuevo, y se le hizo un nudo en el estómago.

Irrumpió en la casa sin pedir siquiera a los porteadores que la siguieran. Cuando entró en el vestíbulo y vio el cadáver de su criada en el suelo, lamentó no haber sido escoltada por los dos esclavos, pero ya era demasiado tarde. Continuó hacia el cubículo de Sexto, vio la puerta abierta y entró. La escena que se ofrecía ante sus ojos era peor que la más funesta de sus pesadillas. Un hombre corpulento estaba extrayendo un puñal del pecho de Sexto, que yacía en la cama sobre un charco de sangre, con los ojos abiertos, ya privados de la luz de la vida. Minervina lanzó un grito desgarrado, se dirigió hacia la pared donde colgaba una lucerna, cogió la vasija de barro que contenía las ascuas encendidas sin prestar atención al ardor que sentía en la palma de la mano y la lanzó contra su atacante.

El hombre intentó esquivarlo, pero le golpeó de lleno en la cara. Emitió un rugido y se llevó la mano izquierda a la mejilla afectada, mientras la vasija caía al suelo y el mueble junto a él se prendía fuego. Tambaleándose de dolor, el asesino terminó de sacar la daga del cadáver de Sexto al mismo tiempo que Minervina se abalanzaba sobre él. El hombre le asestó una estocada de revés, y la mujer sintió un dolor punzante en el abdomen y perdió repentinamente el equilibrio. Miró hacia abajo y vio sangre brotando de su vientre, hasta que se dio cuenta de que estaba atravesado. Desgarrado. Abierto de lado a lado. Vio que le salía algo de dentro. ¿Sus propias entrañas? Se dejó caer en la cama, justo sobre el cuerpo de Sexto, y vio por un lado al

asesino intentando alcanzar la salida, y por el otro las llamas, que ya se habían extendido por todo un lateral de la habitación, lamiendo las patas de la propia cama. A duras penas consiguió acomodarse junto al cadáver de su hombre y, haciendo un último esfuerzo, logró abrazarlo, contemplando con ojos velados por las lágrimas la expresión de espanto con que la muerte le había alcanzado.

Respirando con dificultad, vio que el fuego llegaba ya hasta la puerta. Entonces se dio cuenta de que los porteadores ni siquiera habrían podido entrar a sacarla de allí. Y se alegró.

Finalmente estaban unidos para siempre. Apenas habían vivido juntos, pero habían conseguido morir el uno al lado del otro, y resucitarían juntos el día del Juicio Final, viviendo eternamente en la gloria del Señor. Porque estaba segura de que Cristo sabía que Sexto había sido un hombre bueno y justo, a pesar de su idolatría, y le salvaría también a él. Después cerró los ojos, feliz, y se dejó arrastrar al más allá, confiada en que despertaría en presencia de Dios.